

P. Jara Carrillo



SUMARIO:

SIEMPREVIVAS	¡QUIEN BAILA!
A MURCIA	ATRACCIÓN
A MI PATRIA	MUERTOS QUE VIVEN
EL ÁLAMO BLANCO	BOTIN
FLORES DE ALMENDRO	JUAN JOSÉ
LA CRUZ VERDE	TUS OJOS
HORAS TRISTES	NIEVE DEL ALMA
MIS TRES AMORES	LOCURA DE PODER
MI REINA	¡QUÉ NEGROSI
VOX PÓPULI	MAR ADENTRO
AMOR PRECOZ	ILUSIONES
LA FORTUNA	RECUERDO
LA FIEBRE DEL CREPÚSCULO	LUCHA
NOSTALGIA	¡FUEG
CREPÚSCULOS	MIS
LA GUITARRA	E
SENSITIVAS	
CANTARES	
LIBERTAD	
RIMAS	
¡LA RIÁ,	
EL MA	
LOS	
E	

AILE
LANCO
ALUMNIAS
L ESPEJO
DE LA LUMBRE

Siemprevivas

VERSOS

MURCIA

TIP. DE EL CORREO DE LEVANTE

1901

Pedro Jara Carrillo



Siempre vivas

VERSOS



MURCIA

Jip. de El Correo de Levante

1901



R 388311

BIBLIOTECA REGIONAL



1487788

Al reputado Doctor en Medicina y ex-diputado á Cortes, D. Miguel Gimenez Baeza, dedica este su primer libro en prueba de respetuoso cariño y afectuosa amistad.

El Autor.

Prólogo

Lector, si es que estas páginas merecen que tu vista se fije en sus renglones, no busques las bellezas sublimes ni siquiera el deleite de las obras del genio.

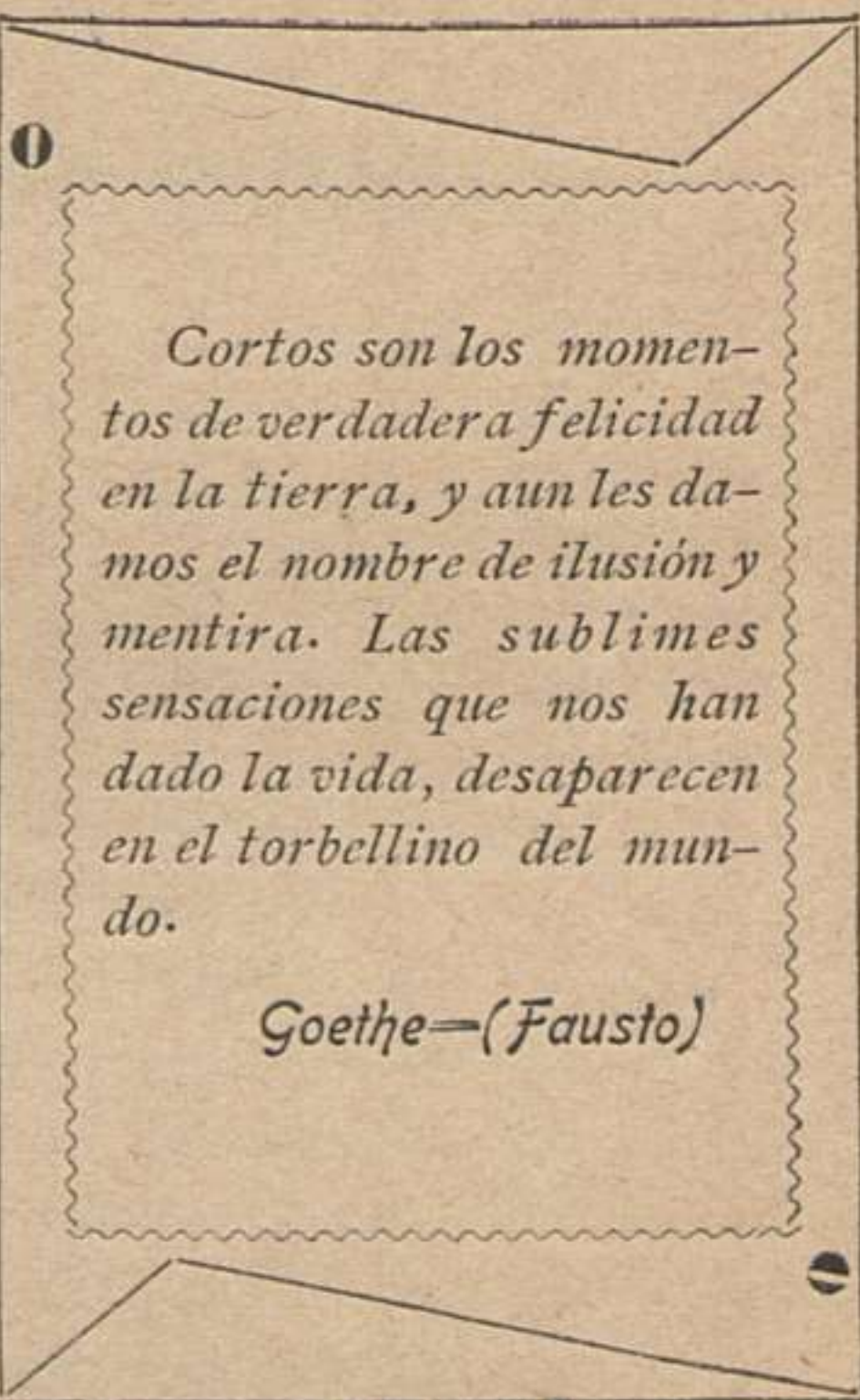
Primeras impresiones de mi vida son estas, que yo debí guardar en lo más íntimo de mi alma; reflejos de un pasado breve que me prestó destellos, esos destellos fugaces que sentimos todos en la risueña edad de las ilusiones, cuando bajo la influencia de las múltiples sensaciones de nuestra alma, cada luz nos parece una antorcha de la gloria y cada nube una penumbra del infierno.

Pero si estas impresiones del alma salieron de mi mente en aquellos momentos en que las febriles ansias invadieron mi pensamiento, no fué nunca con la pretensión del aplauso; sino por impulso instintivo é inconsciente del corazón, agobiado por algún pesar que lo oprimía ó deslumbrado por alguna esperanza que lo halagaba,

Mi labor es modesta y nada nuevo ofrece; por tanto, este es UN LIBRO MAS de los muchos que figuran en el montón anónimo de los IGNORADOS; sus páginas ni traerán soluciones para la patria ni nuevas virtudes para la sociedad: si hace despertar en algún alma la dulzura de una ilusión ó le ayuda á compartir la tristeza de algún recuerdo, mi pensamiento no se habrá perdido en las soledades del vacío, y mi triunfo será pequeño, pero triunfo al fin para el alma que, como la mia, siente el arte por la belleza del arte mismo, y no por la gloria ingénita á su acertado cultivo.

Ahí te mando, lector en esos versos, no las armas bruñidas y deslumbrantes para vencer en la noble y titánica lucha del arte por la gloria; sino el bálsamo purísimo que en las horas del ocio y la nostalgia, mitigó mis ardientes anhelos y suavizó mis íntimas congojas.

EL AUTOR.



Cortos son los momentos de verdadera felicidad en la tierra, y aun les damos el nombre de ilusión y mentira. Las sublimes sensaciones que nos han dado la vida, desaparecen en el torbellino del mundo.

Goethe—(Fausto)



Siemprevivas

No temas que se mustien,
las tengo bien regadas;
las riego hora tras hora
con el cáuce fecundo de mis lágrimas.

No temas, ya han echado
raíces en mi alma
y el alma es el terreno
más fecundo que tienen esas plantas.

Estoy desde hace mucho,
rendido de nostalgia,
con una sed de gloria
en el mundo apagado de mis ansias...

Y muero poco á poco
porque la sed me abrasa...
las penas se marchitan
también y hay amenudo que regarlas.

Son flores que están llenas
de aroma y de fragancia;
son flores escondidas
en los invernaderos de las almas.



Es su sabor tan dulce
que de tan dulce, amarga,
y viven entre brisas
que siempre toman del pesar sus áuras.

Semillas muy fecundas
en la ilusión sembradas;
semillas que allí dentro
crecen frondosas por nacer tempranas.

Las tristes siemprevivas
jamás nos desamparan:
¡van hasta en la corona
que luce el santuario de la fama!

Por eso yo acaricio
mis penas y mis ansias;
por eso yo las llevo
escondidas tan dentro, tan lozanas.

Por eso les doy sombra
y el riego no les falta...
¡no quiero que se mueran
las tristes siemprevivas de mi alma!

A Murcia

Tiene dos cielos la patria mia
llenos de luces y de colores;
uno es un manto de pedrería,
otro es un lecho lleno de flores
y de alegría.

Uno, que tiene por las mañanas
ricos torrentes de plata y oro,
donde palpitan brisas tempranas
y el sol naciente vierte un tesoro
de filigranas.

Donde parece que los luceros
tienen más brillos y más fulgores,
y en sus celestes rayos ligeros
las esperanzas y los amores
van prisioneros.

El otro cielo verde y frondoso
lleno de azahares y de guirnaldas,
es otro manto tan primoroso,
en el que tienen las esmeraldas
lecho amoroso.

Donde las aves dan sus cantares
sobre las ramas de sus jardines
y hacen los nidos en los hogares
que dan los pomos de los jazmines
y los azahares.

Donde hay luceros y filigranas
de mil colores, que brillan tanto
como los ojos de las murcianas,
como las flores que son encanto
de las mañanas.

Son los dos cielos de mi alegría
donde la brisa meció mi cuna,
donde pasára la infancia mía...
¡Dios me conceda por mi fortuna,
que ellos me amparen en mi agonía!

A mi patria (1)

A José Ródenas Gaballero.

¡Cantar cuando la patria
no tiene más que llanto...!
¡Cantar cuando camina
hacia la tumba abierta, paso á paso...!
¡Cantar cuando en el alma
resuena un eco infáusto,
resuena un eco triste
de un pueblo que suspira cabizbajo...!
¡Qué triste me parece,
qué triste será el canto...!
Mas, la han dejado sola
y nadie la acompaña hacia el Calvario.
Yo iré, yo iré contigo,
iré patria á tu lado
y romperé mi lira
para tenderte al espirar, mis brazos.
Yo iré sobre la tumba
que todos te han labrado,
para borrar con lágrimas

(1) Premiada con el reloj de S. M. la Reina Regente en los últimos Juegos Florales de Alicante.



las manchas fraticidas de tu mármol,

.....
Há tiempo que te veo
que estás agonizando,
sin que á tu lecho llegue
ningún canto de amor..., todo ha callado.

Y há tiempo que tus glorias
por mundos ignorados,
con épico ardimiento,
de cantar en cantar, fueron rodando.

Entonces eras grande,
entonces no faltaron
marfiles en tus liras,
ni cuerdas de oro, ni cantares mágicos.

Entonces era fuerte
tu cetro soberano,
cuando era un gran imperio
cada infinito pliegue de tu manto.

Pero hoy nadie te canta;
un lecho solitario
te dán para que espieres
sin un beso de amor, sin un abrazo.

Y yo que en dos amores
mi vida he condensado,
al verte en las congojas,
el alma he dividido en dos pedazos.

Perdona, patria mia,
si el alma no te mando
con todos los tesoros
del infinito amor que en ella guardo.

Has de saber que tengo
un ser que llora á ratos,
y que meció mi cuna
y que pasó las noches á mi lado.

Y que ese fué quien hizo

que yo te quiera tanto,
y es justo que le guarde
un poco del amor que te consagro.

Si todos, sus amores
igual te hubieran dado,
tal vez no moririas
sola, triste, sin besos, sin amparo...

.....

Pero aún no está tu losa
igual que la de Lázaro,
y Lázaro levanta
al escuchar la voz sobre su osario.

¿Qué importa que no tengas
aquel glorioso canto?
¿Qué importa que tus liras
ya no suenen lo mismo que sonaron...?

Queda un cantar mas grande,
queda un cantar más alto,
aquel cantar que el mundo
debe pulsar con amorosa mano.

Aquél cantar que brota
del surco del arado,
aquél que entona el yunque
al recibir el golpe de unos brazos.

El que el cincel de acero
modula sobre el mármol,
aquél cantar sublime
que dá el pincel al lienzo soberano.

Aquél cantar glorioso
que se remonta alado
y cruza el universo
por el camino eterno de los astros.

Aquél que cruza alegre
por los desiertos páramos
y busca las espigas



y es en raudales de oro transformado.
Cantar que no se pulsa,
cantares apagados
que esperan un aliento,
que esperan el acorde de unas manos...

Ya vés si tienes vida,
ya vés si tienes cantos,
ya vés si entonan himnos
mármol, yunque, cincel, lienzo y arado..
Levanta la cabeza,
despierta del letargo
que aun no llegó tu hora:
no llegues á la tumba que es temprano.

Yo quiero que tú escuches
el himno sacrosanto,
cantar de los cantares,
que es la canción fecunda del trabajo.
Yo quiero que contemples
las liras que te guardo,
y no verás marfiles
ni cuerdas de oro ni cantares mágicos...

Pero verás un alma
que cruza los espacios,
para prender al cielo
los infinitos pliegues de tu manto.
Oirás un eco alegre
igual que aquel sagrado,
que dió á los astros luces,
al alma ser, y movimiento á Lázaro.

Dirás que está la tumba
abierta y esperando
los cetros de otros días
en memorables luchas conquistados.
Dirás que hácia la fosa
ya marchas como un astro

que fuera de su órbita
al fondo del abismo va rodando.

No temas, patria mia;
de aquél sitio excavado,
también salió aquél eco
y en un gemido triste brotó el canto.

Y fueron las semillas
que estaban allí bajo,
perdidas en el fondo
de la tierra fecunda del osario.

Tus lágrimas te piden
y al riego de tu llanto,
verás surgir un trono
con matiz de esmeraldas y topacios.

Ya vés: hasta la tumba
que para tí han labrado,
te dá mil esperanzas,
te ofrece amor y te consagra cantos.



Gloria

Soneto

Es gloria sin amor, nave sin puerto,
viento que asfixia del erial sin vida,
luz que vá por los mundos esparcida
sin colorar la flor, con rayo incierto.

Onda sonora que en el campo yerto
ó en el ámplio arenal vaga perdida,
sin una palma en que quedar prendida,
sobre el mar infinito del desierto.

¿A qué me ofreces, Gloria, tus amores
si yo no tengo á quién prender tus flores
ni á quién rendir sumiso la victoria?

Yo te soñé en mis horas de alegría,
porque en medio del sueño no sabía
que es el amor la gloria de la gloria.



El álamo blanco (1)

A Julio Ayuso

El álamo blanco
de aquella ribera,
ya está con su tronco
midiendo la tierra...
aquél tronco enhiesto cuajado de ramas
que fué nuestra sombra las horas de siesta.
Murió; y en la fría
mortaja de arena,
sus hojas cayeron
y el tronco sobre ellas.
Ya no me dá sombra, ni la necesito,
ya en vez de alegría, me causa tristeza...
Unos ruiseñores
que el nido formaban por la primavera
sobre aquellas ramas
y que á nuestro oído cantaban endechas,
otro álamo buscan

(1) Poesía premiada con accésit à la «Flor natural» en el Certámen de los Juegos Florales celebrados este año en Granada.



de aquella ribera...
 Ya lo han encontrado,
 ya no tienen penas,
 ya cantan lo mismo que cuando cantaban
 poco más arriba de nuestras cabezas...

¡Qué poco sintieron los tiernos amantes
 la mudanza aquella...!
 ¡Cómo han de sentirla,
 si aun tienen amores que con ellos vuelan!
 Tendrán otras ramas
 acaso más mustias, acaso más frescas;
 tendrán otros nidos
 en otra ribera;
 tendrán otra casa en troncos más altos,
 ó en troncos más bajos de otras alamedas;
 vendrán para ellos
 otras primaveras...

pero siempre unidos con esos cantares
 en los que se dicen amorosas quejas,
 ¿qué importa que falte un álamo blanco
 ni que falten todos? ¿Por qué tener penas
 si los ruiseñores
 con el amor vuelan...?

.....

¡Yo sí que lo siento...!
 ¡Yó sí que he pasado veces por aquella
 ribera frondosa que desde mi casa
 cruza la alameda...!
 Y cuando cansado, más que de fatiga,
 de dolor que el alma tan guardado lleva,
 cuando ya no puedo ni conmigo mismo
 porque pesa tanto lo que mi alma encierra,
 voy al mismo sitio por los mismos pasos,
 ¡pero voy sin ella...!
 Y ya no la busco, ya quiero estar solo;

¿qué más compañía que las hojas secas?
Al álamo llego, al álamo blanco
que está con su tronco midiendo la tierra;
y él, que con su sombra
fué de una pareja
rendida de amores
cariñoso amigo las horas de siesta,
hoy, en el invierno, ya no tiene ramas,
ya no tiene sombra, ni quizás la tenga;
pero tiene un sitio donde yo me siento
solo con mis penas...
Ya no voy á verle
por la primavera
como en otros días,
porque el sol me quema
y él no me dà amparo... pero en el Otoño,
cuando el viento cesa,
cuando tengo frío,
cuando tengo el alma de zozobras llena,
no busco otras ramas
en otra ribera
como las buscaron esos ruiñones
en otra alameda...
Ellos, sus amores, si otro nido buscan,
á otro nido llevan;
¡yo, de aquellos míos, solo guardo el tronco
que está hace ya tiempo midiendo la tierra...!



La cita

Se marchó aquel galán de aquella reja
sin vida ni ilusiones,
y con amarga y punzadora queja,
á la ingrata dejó sus maldiciones.

Luchó la dignidad con el cariño
y despreció una cita y otra cita,
hasta que al fin, como el amor es niño,
en muda rebelión, llora y se agita.

.....

—La cita es á las nueve...
no faltaré un momento—
Mas tan cruda es la noche y tanto llueve,
que pide su opinión al pensamiento.

Y el pensamiento contestó al instante:
—No vayas, maldecido;
puedes decir si quieres á tu amante
que el reloj, con la lluvia, no has oído.

—Y ahora tú, corazón ¿qué es lo que dices?
—Que no hagas caso á la razón, que es loca.



¿Qué importa que entre el agua te deslices
si has de abrasarte en besos de su boca?

Se tapó los oídos con las manos
por no escuchar las horas de la cita;
¡pero son los propósitos tan vanos
cuando el reloj del corazón palpita...!

Que aunque al vibrar en el metal las horas
la cabeza no escuche el grato son,
las dará muy potentes y sonoras
con su fatal horario el corazón.



Guesta arriba

I

Para subir un monte
se inclina la cabeza,
y no hay que alzar el cuerpo,
porque al influjo del abismo rueda.

II

Para alcanzar la cumbre
en la empinada sierra
de honores y poderes
que levanta en el mundo la riqueza,
hay que arrastrar el alma
muy cerca de la tierra,
hasta besar las plantas de los grandes;
si no, se rueda al fondo de cabeza.



La canción más grande

Sobre las altas torres de la villa,
las espirales de humo se amontonan;
el sonido del yunque y de las máquinas,
suelto vibra en los aires y pregona
la canción más hermosa de la vida,
la canción más sonora.

Velado el sol, no alumbra como alumbra
en la ciudad tranquila y perezosa;
porque empaña el aliento del trabajo
aquella luz, con sombras.

Como el himno sagrado de los cielos,
el incesante martilleo entona,
con su potente voz, aquel poema
que entre chispas de luz se inflama y brota...
¡esa es la voz eterna de la vida,
dejad, dejad que se oiga!

El humo es el incienso que los hijos
del trabajo le mandan á la gloria,
entre aquél laberinto de chispazos,
al Dios que ellos adoran.

Y aunque parece que el incienso cubre
las luces de la aurora,



luego, al rasgar sus espirales velos,
más vida mandarán y más hermosa.

Dejad la voz eterna, que se eleve,
dejad, dejad que se oiga;
que es la canción sublime del trabajo
que palpita y se extiende por las ondas.

Que no cese la orquesta sobre el yunque
de producir universales notas;
su silencio tal vez será la muerte,
dejad, dejad, que se oiga,



Inspiración

Soneto

Apoyada en mi mano la cabeza
y mirando un soneto comenzado,
vagaba por un mundo idealizado
para mojar mi pluma en su belleza.

Renegando por fin de mi torpeza,
tiré lejos la pluma contrariado
y ví al volver los ojos, que á mi lado
Láura me contemplaba con fijeza.

No puedo continuar, dije, no puedo
y á la impotencia de mi pluma cedo.
Láura rozó sus lábios en mi frente.

Sentí un calor entonces tan fecundo
que igual que el sol al fecundar el mundo,
brotó un mundo de ideas en mi mente.



¡Qué lenguas...!

Te han dicho que á la orgía
mi vida he dedicado;
que no soy, prenda mia,
digno de tu hermosura y tu valía
porque soy despreciable y despreciado.

Te han dicho que yo siento
pasiones denigrantes;
que sólo un pensamiento
revestido de falso sentimiento
podré darte en lugar de unos diamantes.

Te han dicho lo que encierra
mi vida de engañoso;
me han declarado guerra
esas viles envidias que en la tierra
sólo esparcen aliento venenoso.

Y te dirán más cosas
que inventarán primero,
con galas primorosas,
para hacer mis palabras engañosas...
Pero ¿á que no te dicen que te quiero?



Amor secreto

No es este amor purísimo que siento
volcán furioso que su horror desata;
no es el rayo voraz que cruza el viento
y brilla y rompe y aniquila y mata.

No; que si fuera, de su lava hirviente,
como una chispa que volara errante,
lumbre diera hasta el agua del torrente
con mirarla mis ojos un instante...

Es mi amor la pavesa que encendida
con invisible lumbre va acabando;
es la llama que lucha con mi vida
sin destellos, sin luz; pero quemando.

Mas como llama alguna se eterniza,
la que arde en la pavesa de mi alma,
cuando no tenga ya más que ceniza
se apagará para dejarme en calma.



Que es más terrible que el volcán furioso,
pálida brasa ardiendo en el letargo;
porque es constante su quemar ruinoso
y siendo lento, su camino es largo.

Faltando el aire, el fuego terminaba:
¡triste dilema que en mis ansias miro!
¡Si no suspiro, mi vivir se acaba
y el fuego se alimenta si suspiro!



Las verbenas

Jardines perfumados con la olorosa
esencia de claveles y de azucenas;
oscilantes faroles, largas cadenas,
de esmeralda y topacio, red luminosa.

Brisas que como el beso de casta esposa
cruzan frescas, lozanas, de amores llenas,
á besar en las ninfas de las verbenas
exhuberantes lábios de nieve y rosa.

La guitarra preludia, chocan las cañas
que entre el baile y el canto suenan concisas
y de amores engendran tristes hazañas...

¡Quién fuera en las verbenas las frescas brisas
para mover el bosque de tus pestañas
y perderse en el cielo de tus sonrisas...!



Canción del prisionero

Viento que llevas de estos lugares
el eco débil, triste y sonoro,
dile á la hermosa de mis cantares
cuanto la adoro.

Que aquí encerrado canto mis penas
en esta cárcel que verla impide;
que no se olvide de mis cadenas,
que no se olvide...

Ave dichosa, libre y ligera,
risa con alas, nave del viento,
faro que arrastras por esa esfera
mi pensamiento...

Dale si llegas á sus balcones
de un prisionero tristes noticias;
préstala un rato mis ilusiones
y mis caricias...

Chispa que bajas de aquella nube,
beso que el rayo fundido deja,
dí que me has visto, dí que te tuve
junto á mi reja,



Risa radiante de la mañana,
suspiros de alba con alas de oro,
llevad los míos á la ventana
de la que adoro.

Ola rizada de blanca espuma,
caricia eterna del negro muro,
yunque que forja perlas y bruma
del fondo oscuro...

Fiel compañera de mis prisiones,
corre á tu helada prisión del polo...
déjame solo con mis canciones,
déjame solo.

Iris listado de mil matices,
fúlgido emblema de una esperanza,
luz que dibuja rasgos felices
de la bonanza...

No me des cuenta de sus amores
en esas gotas que tira el viento;
quiero mas vida que tus colores
que es un momento.

Eco sonoro de la campana
de este presidio de mi pecado,
gemido triste de la mañana,
que surge alado...

Si yo pudiera cruzar el muro
negro y espeso que aquí me encierra,
como las ondas de ese conjuro,
fuera á mi tierra.

A aquél pedazo de cielo hermoso
que cubre brisas embriagadoras,
á aquella reja donde amoroso
pasé las horas.



Viento ligero, chispa inflamada,
risas radiantes de plata y oro,
iris listados, ola rizada,
eco sonoro...

Llevad las ansias que amante guardo
desde este muro que verla impide;
que no se olvide del triste bardo,
que no se olvide.



nostalgia

Llorando, llorando se pasa las horas
de día y de noche... no sabe qué tiene:
un dolor la aqueja y el médico dice
que no encuentra el daño ni acaso lo encuentre.

Però ella se queja con mucha amargura,
muy triste, muy triste, como quien se muere.
Unas veces el pecho se oprime,
otras veces se aprieta las sienes...

Para mí que el dolor que ella llora
ninguno lo entiende...
para mí que lo lleva en el alma
y el dolor en el alma es tan fuerte,
que me temo que venza á su vida
y muy poco á poco, por fin se la lleve.

Se muere, no hay duda;
la moza se muere,
y aunque ella lo sabe, llorando se pasa
las horas del día... ni come ni duerme.

¡Lástima de moza...! ¡Quién se lo diría
cuando aquellas risas daba tan alegres...!



Con aquella cara
que envidió la nieve;
con aquellos labios
como dos claveles;
con aquellas miradas tan dulces,
con aquellos suspiros tan breves...
Sin embargo, su mal es muy grave,
tan grave y tan hondo, que nadie lo entiende.
Ni ella misma lo explica, ni dice
en donde lo siente.

Ella sabe que está muy adentro,
que no tiene ni ganas de verse
y que quiere comer y no come
y que quiere dormir y no duerme;
que pasaba las horas cantando
y hoy oyendo cantar, se entristece
y el hablar la molesta, y la aburre
la música, el baile y el eco más leve.

No sale á la calle...
Solo algunas veces
contemplando un retrato, sonrie
y lo besa con fé que conmueve
y después de mirarlo y mirarlo,
otra vez á su seno lo vuelve.

Su cara ya es otra,
su cara no es nieve:
se parece al panal de la cera
y sus ojos en ella se pierden...
sus labios tampoco
parecen claveles...

Son dos lirios caidos y mustios
en los cuales palpita la muerte...

Suspira y suspira de un modo tan triste,
que no son aquellos suspiros tan breves...



Se queda sin fuerzas
ni aliento... parece
que se sale del pecho su alma
y que espera una cosa y no viene...

Yo sé lo que espera;
yo sé lo que siente...

Un amor que se fué hace ya tiempo
y lo llama y lo llama y no vuelve.

Volverá cuando ya no la mire,
cuando entorne sus ojos la muerte,
cuando ya esté pudriendo la tierra
y ya no la encuentre...

Y por eso suspira y suspira,
y se aprieta con fuerza las sienes;
porque tiene dolor de cabeza
igual que si un mundo llevara en su frente.

Pero no es eso sólo, no es eso;
para mi que el dolor que ella siente,
lo lleva en el alma,
y nadie lo entiende,
y por eso se pasa las horas
llorando y llorando que verla entristece.

.....
La noche está triste, la moza ha pasado
las últimas horas mirando á Occidente;
parecía llamar una cosa
que espera y no viene.

Cayó sobre el suelo;
al poco, la gente
se inclinó sobre el cuerpo tendido
que estaba ya inerte:
y tenía un retrato en sus labios
y tenía una mano en la frente;
era tal el dolor que sintiera
que parece que aun muerta le duele...



En la imagen quedaron sus labios
pegados, al beso postrero de muerte,
y sus ojos, abiertos, miraban
allá, hácia Occidente,
pareciendo esperar una cosa
que llama y no viene.



La fiesta de los muertos

Ya están las nubes grises cubriendo el firmamento,
lo mismo que la nieve cubriendo está la tierra;
ya vienen los suspiros del invernal aliento
desde la altiva cumbre de la empinada sierra,
y las campanas, tristes, cuando la noche cierra,
á media voz nos mandan lamento tras lamento.

¡Qué música más triste! Parecen esos sonos
de tonos tan variados, la queja que ha salido
del pecho de la muerte, desde hondos panteones;
parece ese funesto doblar interrumpido
el eco de otro mundo que sale en un gemido
para pedir al alma silencio y oraciones.

Mortal, los que de flores y mármoles cubiertos
están en las entrañas de las oscuras fosas,
te dicen en sus sonos monótonos é inciertos
el término que el cielo marcó á todas las cosas;
adorna con tus flores las solitarias losas,
porque hoy celebra el mundo la fiesta de los muertos.

Aquél imperio es grande; allí tiene la vida
pedazos de su alma viviendo con la muerte;
no hay reino más hermoso ni patria más querida
que el suelo removido de aquél imperio inerte,
donde se dán las manos las penas y la suerte,
donde el soberbio tiene su potestad perdida.



Allí de las verdades alumbran los destellos
y aquél misterio aclaran que á nuestra mente afluye:
y aunque la edad las borre con panoramas bellos,
no sirve el alto muro que en su volar construye;
pues cuanto más el tiempo de los difuntos huye
y de ellos nos aleja, más cerca estamos de ellos.

¡Que anochecer tan triste! Parecen funerales
hasta el cantar alegre del pájaro dichoso.
¡Que negro es el crepúsculo! .. Las nubes otoñales
que surgen de Occidente por infinito foso,
se elevan semejando gigantes catedrales,
en cuyas torres vibran gemidos de metales
doblando en el entierro del astro luminoso.

Seguid, seguid gimiendo; doblad, tristes campanas,
echad por esos mundos los fúnebres lamentos
para que el alma toque sus ilusiones vanas...
Yo sé qué dicen esos metálicos acentos;
los oigo cada día sonar en mis tormentos
y cada vez sus notas las siento más cercanas.

Cuando de luto visten los cielos y la tierra
están como mi alma ¡qué igual es su negrura!
Por eso el funerario doblar ya no me aterra;
me siento ya tocando mi propia sepultura,
donde los cuerpos duermen en paz, sin amargura,
donde la muerte esconde cuanto la vida encierra.

Yo escucho con deleite los fúnebres conciertos
conque las sombras llegan y nos saluda el día,
y aunque sus sonos dejan los corazones yertos,
yo apuro aquí en el alma la fúnebre alegría
de quien la muerte espera... porque es la fiesta mía
la fiesta de las almas, la fiesta de los muertos.

Recuerdo

Soneto

Vivo de mi niñez no muy lejano
y ya empecé á luchar por la existencia;
en medio del camino, la inocencia
alzó su vuelo y me soltó la mano.

Cuatro viejas paredes que, tirano,
el tiempo deteriora en su inclemencia,
son el sueño perpétuo de mi ausencia
y aunque pruebo á olvidar, siempre es en vano.

En cada estrella que en el cielo miro
recuerdos hay de mi niñez reflejos,
y al contemplarlos de dolor suspiro.

Son como la figura en los espejos;
se multiplican, van por donde giro
y siempre están muy cerca... y siempre lejos.

Al oído

Escucha dos palabras al oído;
—dijo á su amada su doncel travieso:—
y cuando fué el galán obedecido,
con astucia amorosa, la dió un beso.

De este pretexto un día y otro día
el jóven se valió, y ella fingiendo
inocencia, su oído le ponía
y él iba sus razones repitiendo.

Una vez, distraído,
en un arranque de amoroso acceso,
en vez de dos palabras al oído
la dijo: Dame un beso.

Y con asombro extraño,
ella le dió tremenda bofetada...

.....

Lector, si quieres evitar tu daño,
no le pidas los besos á tu amada.

Grito eterno

Yo quiero estar allí donde la vida
me aturda con su loco movimiento;
donde navegue la razón perdida
y pueda confundir mi pensamiento.

Donde la ardiente bacanal del mundo,
ahogando al corazón su eterno grito,
turbe la paz del meditar profundo,
la soledad de mi pesar maldito.

Aquí sobre mi pecho ya no quiero
tener siempre apoyada la cabeza,
anhelando aquel día que no espero
y esperando otro día que no empiece.

Oyendo siempre el eco de un pasado
que con la voz de sus recuerdos mata;
que asusta más que un mundo alborotado,
de un pasado feliz, voz insensata.

Quiero beber las aguas del torrente
al pié de la cascada estrepitosa,
á ver si aquella intrépida corriente
me arroja á la ribera venturosa.



Acaso así no escuche los latidos
con la misma canción todos los días;
que al zumbiar el torrente en mis oídos,
puedo beber en él mis alegrías.

—Dije—y corrí hacia él y en él me encuentro
oyendo el ronco son de esa corriente;
¡y aun suena más el grito de aquí dentro,
que el bramar infinito del torrente



Rima

I

Con la chispa de un rayo que se inflama
destruirse puede un templo colosal,
y apenas si se ve la tenue llama
que deja la espiral.

II

Con el chispazo tenue y amoroso
que nace de tus ojos al calor,
puede construirse un templo más grandioso:
el templo del amor.



Presagios

A Carmen Navarro del Castillo.

Tú sabrás, Carmencita, que los sueños
son á veces presagios de la vida;
acaso habrás soñado tú imposibles,
imágenes fingidas,
ideales y cielos y hasta glorias
con todas sus grandezas infinitas;
que al fin y al cabo de los sueños nacen
las grandes concepciones del artista.

También tengo yo sueños,
también en mí palpitan
mundos y mundos que en las sombras crecen
cuando cierro los ojos á la vida.

Soñaba yo hace tiempo
con un ángel que había
en el trono más alto de la gloria,
de dulce voz y de armoniosa lira.
De aquel ángel alguna vez mis versos
copiaron la sonrisa,
y en él sentí la inspiración inmensa
porque en sus cantos, como yo, sentía.

¡Qué lástima! Soñando
tan solo pude verlo algunos días;
pero despierto nunca,
que al despertar se iba.
Mas hoy por un contraste de la suerte
voluble y tornadiza,
sé que vive aquel ángel en el mundo:
se apareció á mi vista
junto á las blancas teclas de un piano,
entre ricos raudales de armonía.
Te ví, y al verte pude
mirar despierta la feliz sonrisa;
al ángel de los sueños que encerraba
alma de virgen, corazón de artista.
Ya ves, Carmen, que á veces guarda el mundo
nuestras soñadas dichas;
ya ves como los sueños son á veces
presagios de la vida.

Mar adentro

Suelta las amarras,
rema bien, barquero,
no mires el rumbo que la barca emprende,
deja el timón quieto.
Vamos de esta costa
muy lejos, muy lejos...
donde no haya orillas, donde no se escuche
de este mundo un eco...
donde yo no mire cosas de esta tierra,
donde esté el reposo, donde esté el silencio...
Sobre los latidos de ese mundo de olas
quiero ver mi trono, quiero ver mi imperio...
más agua, más agua,
más cielo, más cielo...
Deja el timón libre,
déjalo, barquero;
vamos agua arriba,
vamos mar adentro.
Lejos de este mundo donde el aire asfixia,
donde el aire es denso,
porque lo envenenan en sus bacanales
lúbricos alientos...



Donde el horizonte no tenga montañas,
para ser más grande, para ser más bello;
donde no hay mentiras, donde no hay bullicio,
nada que le lleve duda al pensamiento,

nada que haga impuros
los marinos vientos;

por que ni los peces, únicos testigos,
vician aquél aire diáfano y sereno.

¡Qué estrecha es la cárcel,
esta que tenemos...

¡Lejos de la tierra,
rema bien, más lejos...!

.....

Ya estoy aquí solo...

¡Qué grandioso es esto...!

Todo es infinito, nunca vi más mundo,
nunca vi más cielo.

No hay aquí palacios de los que perecen;
los que están son esos

que hay luciendo arriba y que con sus luces
se iluminan todos los del universo...

No hay aquí tampoco torres colosales
de intrincados templos,
donde los hipócritas
fingen sentimientos...

pero sí hay altares donde á Dios se mira,
sobre las estrellas, sobre los luceros.

¡Qué anchos horizontes...! Si es verdad que viven
en el mundo genios,
esta es su morada
que es como sus sueños...
¡Cuánta vida ofrece
este gran silencio...!

¡Quién en estas aguas habitar pudiera
sin tener recuerdos...!



No sirve alejarse mucho de aquel mundo
si se lleva dentro...

No sirve dejarse tierra y ansias locas
del mundano suelo,
si con ellas vamos, si ellas nos persiguen
con violencia asidas á nuestro cerebro...

Ese mundo ruje
dentro de mi pecho...
es en vano todo,
porque aquí lo siento...
sobre mí lo traje,
sobre mí lo llevo,
y oigo más ahora
su gritar soberbio...

Aunque desterrarlo sobre el mar procuro,
no sale hácia afuera, ahora está más dentro...

Yo ahogaré tus gritos,
yo hundiré tus ecos;
mundo, para ahogarte
tengo yo el remedio...

Bajarás conmigo á ese gran abismo
que á los pies tenemos,
porque así se acaba

con el torbellino del rumor interno.

El sepulcro es grande ¡grande! para un mundo
no hay más sepultura que esta que aquí vemos;
no cabe en las fosas húmedas y estrechas
de los cementerios...

Todo lo que vive dentro de mi alma,
todo ese gran mundo que hay dentro del pecho,
necesita un cielo como el mar de grande,
ó una inmensa tumba grande como el cielo.

Lágrimas

De la mujer que llora
quisiera beber lágrimas,
desde que sé que encierran
la purísima esencia de las almas.

Y en esas limpias gotas
beber al apurarlas,
para sentir, sus penas si son puras,
para pensar, su ingenio si son falsas.



Amapolas

Amapolas frescas, cálices de grana,
débiles faroles sobre el verde oscuro
de la mies temprana;
banderines rojos del movable muro,
victimas primeras del aliento impuro
que las brisas traen de región lejana ..

Làgrimas del valle, lábios encendidos
con amor de fuego, con matiz de rosas,
donde están los nidos
oscilando siempre, de las mariposas;
indolentes cunas, gasas vaporosas
que fecunda Ceres para sus prendidos.

Sois el fuego ardiente de pasión tremenda,
que entre el oro nace rebosando espigas;
expontánea ofrenda,
lumbres virginales de la tierra amigas,
plácidas hamacas, próspera vivienda,
pedestal de abejas y dosel de hormigas.

Dichas breves, ansias víctimas del viento
sin caricias tiernas, sin amor, sin fruto;
pasajero aliento,



solitarias flores del vergel hirsuto,
glorias que se pierden, glorias que yo siento
con ropaje de oro que cobija el luto.

Cuando salpicados trozos de corolas
manchan la llanura próspera del llano,
lindas amapolas,
recordais la dicha, que al tender la mano
vuela à otras regiones y nos deja à solas
con el pecho herido por dolor tirano.

Luego sepultadas entre espigas de oro,
ya no llora nadie vuestra infausta suerte...

Yo si que la lloro;
porque sois el débil que se humilla al fuerte,
porque sois cual breves dichas que yo adoro,
que de sangre manchan al hallar la muerte.



Mi reina (1)

*Para mi prima
Lola Garrillo del Valle*

Un trono de hermosura levantan, y hay que darle
al trono hermosa reina;
si venzo, seré esclavo... ¡Que esclavitud más dulce!
¡Que esclavitud más bella...!

Y pues la lucha es noble, yo voy hácia esa lucha
y esgrimiré si puedo las armas de la idea,
para que suba al trono de gloria coronada
mi reina de la fiesta;
la reina que yo he visto mil veces en mis sueños
hermosos de poeta...

Será la reina mía, la de los ojos grandes,
la de los ojos negros y blonda cabellera;
la de gentil figura como princesa altiva,
que de ilusiones vive y en ilusiones piensa.
Para ella yo no tengo

(1) Premiada en los Juegos Florales de Almería.

ni imperios ni diademas;
mi imperio está en el alma
sembrado de hondas penas.

¿Es poco...? ¡Que ha de serlo! Verás en mis cantares
lo que te doy con ellas;
verás si tú has sentido amores algún día,
si alguna vez miraste tus ilusiones muertas,
que al darte el alma, un mundo
te ofrezco de riquezas.

Allí guardo un tesoro de hermosas ilusiones,
la fé que me sostiene, las ansias que me alientan;
allí guardo muy dentro los tristes desengaños
de amores que he sentido y de esperanzas bellas.
¡Huyeron...! Me dejaron la nieve de un invierno
que llevo en las entrañas... ¡Si vieras lo que pesa...!
¡Dios quiera que lo ignores!
¡Dios haga que no sientas
amores como el mío, que vive porque ha muerto
á fuerza de martirios, de dudas y de penas!

Yo vivo solo y triste lo mismo que en el campo
la solitaria hiedra,
que crece sin apoyo
de un álamo ó palmera
donde plegar sus tallos
que doblan la cabeza...

Yo vivo como viven los pájaros sin nido,
los árboles sin fruto, el cielo sin estrellas.

Las penas van conmigo lo mismo que las olas,
que entre las aguas nacen y entre las aguas quedan...

El alma es mar profundo... allí de mis cantares
palpita un eco triste que en mi dolor resuena...
No tengo quien lo escuche... por eso, cual las olas,
como en el alma nace, gimiendo vive en ella.

Perdido caminante
que su camino empieza



soy yo; mi paso es débil
 porque perdí la senda.

Sembráronla de espinas; las flores se cayeron
 cuando mi ansiosa mano tocarlas quiso apenas...
 ¿Qué aliento misterioso envenenó su savia
 que no encontré á mi paso ni un pétalo siquiera?

Y en mi vagar incierto
 en que camino á ciegas,
 mis ojos están secos, sin lágrimas, que á veces
 en dos lágrimas salen los mundos de las penas;
 pero mi vida es triste y no puede ser otra
 con glorias y con risas; porque mi vida es esa.

Por eso si en el noble
 palenque de las letras
 alcanzo una corona,
 ponédsela á mi reina;
 á la mujer que he visto mil veces en mis sueños
 hermosos de poeta;
 aquella de ojos negros que de ilusiones vive
 y en ilusiones piensa.

Yo quiero ante su trono postrarme de rodillas
 para ofrecerme esclavo de su ínclita belleza...

¡Qué esclavitud más dulce...!
 ¡Qué esclavitud más bella...!
 Acaso con sus ojos
 mitigue mis tristezas;
 acaso les dé vida feliz á mis canciones,
 á mis canciones muertas.

Tal vez en su sonrisa vislumbre la voz santa
 que á Lázaro le dijo: ¡Levántate y alienta!
 ¡Quién sabe lo que pueden
 aquellos ojos grandes con los que mi alma sueña!
 Por eso en ese trono
 yo quiero que ella sea
 la gloria de mis ansias,



mi reina de la fiesta...

Por eso en esta lucha donde las almas vierten
amores y querellas,
de paladin me ofrezco y no esgrimo otras armas
que aquellas que me hieren... las armas de mis penas.

El vulgo en mis cantares
no encontrará leyendas,
no encontrará el aroma
de las canciones viejas...

Mis cantos, son mi alma que porque se ahoga dentro,
entre mis versos sale para vivir afuera.

Si venzo, mi victoria adornaré con flores
que ofreceré á mi reina.

Yo no las necesito... yo vivo solo y triste
como en el campo vive la solitaria hiedra,
que crece sin apoyo
de un álamo ó palmera,
donde plegar sus tallos
que doblan la cabeza...

Yo vivo como viven los pájaros sin nido,
los árboles sin fruto, el cielo sin estrellas...



Soneto

A D. Ramón Jiménez de la Fuente.

Pueblos que gimen sin moral, heridos
de soberbia impiedad y tiranía;
sufragios en escándalo y falsía,
sin libertad ni ley, prostituidos.

Tronos por la violencia estremecidos
del tremendo huracán de la anarquía;
potestades sin Dios, que van sin guía
como voraz mesnada de bandidos.

Leyes impunemente atropelladas,
religiones, sin cultos, olvidadas,
hombres sin la conciencia de su idea,

crímenes por las leyes amparados,
la razón y el honor extraviados...
esta es la sociedad, ¡maldita sea!



Noches de invierno

I

Salí de aquél baile
muy triste; dejaba
aquellas hermosas
y dulces palabras;
aquellos acentos
de amores, quedaban
en labios de ardientes
pasiones mundanas,
con ansias de besos,
con sed de algazara...
¡Qué pronto, qué pronto
pasó la velada...!
¡Qué corta es la noche,
qué pronto que pasa...!

II

...Y hallé junto al amplio
portón de mi casa
la triste figura
de un niño; su cara



tenía aquel sello
que dá la desgracia...
Un golfo descalzo,
desnudo, sin nada
con que arrebujarse,
tranquilo soñaba.
Temblando de frío
alzó su mirada
y dijo muy triste
con voz muy amarga:
—¡Qué frío que tengo.
qué noche más larga...!



Remembranzas

Al notable pianista Enrique Martí.

Cuanto amor me dió de penas
dentro del pecho lo guardo;
esto es vivir, que la vida
sólo tiene esos encantos.

Sufrimientos que yo tenga
para acariciar sus dardos,
penas que á mi no me falten
que no me faltarán cantos.

Soy avaro de dolores
que ya me están asfixiando,
y mi sonrisa es la llama
de un volcán de desengaños,
que va rugiendo en el pecho
siempre grande, siempre airado.

Así se goza en el mundo,
así el amor es más grato;
y aunque esto es vivir muriendo
así se muere callando.

Las almas grandes no tienen
patrimonios más sagrados



ni riquezas más hermosas
ni otros celajes más diáfanos,
que un patrimonio de amores,
una riqueza de llantos
y un celaje de esperanzas
que jamás tocan las manos.

Así se siente la vida
con su sabor más amargo;
así se llora riendo,
así se canta llorando.

Esperanzas, ilusiones,
¿á qué pasais por mi lado
sin dejarme en vuestra marcha
un beso de vuestros labios...?

¿Por qué llamé á vuestra puerta
y os acaricié en mis cantos,
si me dejásteis tan sólo
ficciones y desengaños...?

Ahora sé, por mi desgracia,
lo que es vivir deseando;
pues mientras vive el deseo
se está de la dicha á un paso.

Pero luego todo pasa;
incienso invisible y vano
que en la vista se hace mundos
y se hace polvo en las manos...
yo aprendí vuestros misterios
á fuerza de mil engaños.

Yo soñé con el mañana
y á él aceleré mis pasos,
y he visto que aquél deseo
me aproximó al camposanto...

Yo anhelé tener amores
por deleitarme en sus brazos,
y soñar con sus miradas



y abrazarme entre sus labios...
¡ay! pero también he visto
que huye el amor al tocarlo...

Yo quise tocar la gloria
y cuando la ví á mi lado,
he visto que no merece
hacer el alma pedazos
para tener por corona
el instante de un aplauso...

Y ahora, si el sol me ofrecieran
de diamantes tachonado,
acaso lo despreciara
por temor de que al tocarlo
y ver cumplido el deseo,
lo arrojara de mis manos,
dejando al mundo en tinieblas
por un capricho logrado...

Quiero vivir de esperanzas
mas bien que sucumbir harto:
quiero vivir de ilusiones
para morir deseando.



La riá (1)

A D. Francisco Bautista Monserrat.

Ya ha cubierto el agua
los cañaverales,
y de las barracas solo algunas cruces
á la superficie de las aguas salen.
¡Lástima de huerta!
qué dolor tan grande
causa ver aquellos techos que zozobran
siempre por el agua, por el agua *alante*.
Ya no se vé nada... ni las ramas verdes
donde estaba el fruto pocas horas antes,
ni las altas copas
de los panizales.
Para el mar va todo... árboles y frutos,
viviendas y ajuares
y hasta las garveras
de dorados haces

(1) Primer accesit á la Flor Natural en los «Juegos Florales» celebrados en Alicante el 27 de Agosto de 1900.

van en la corriente
traspasando huertos y tirando hogares.
¡Todo está arrasado...
crece por instantes
la corriente inmensa
que hasta las raíces llevará á los mares...
Ya no tendrán trigo esos desgraciados;
ya de sus afanes
dejarán la lucha
para morir de hambre.
¿Qué habrá allí debajo
de las altas ramas que el turbión invade?
¿Qué dejará el agua sobre las arenas
y los pedregales?
Luego lo veremos
cuando el agua baje,
cuando en vez de trigo
sobre los bancales
haya cuatro tablas, haya cuatro piedras
de los cuatro hogares,
que hubo en el contorno lleno de esperanzas
por la lozanía de sus panizales.
¿Qué dejará el agua sobre aquellas eras
de dorados haces...?
Tal vez un abismo, tal vez una fosa
donde esté el cadáver
de quien las semillas por el surco echaba
lleno de alegrías entre mil cantares...
¿Qué habrá en la casita
por donde pasaba yo todas las tardes...
en aquella casa
de los dos parrales
donde yo solía ver aquella moza
de los ojos negros, de los ojos grandes.. ?
No se vé tampoco...



ni siquiera un tallo por encima sale
de un álamo verde que creció en la puerta
próspero y gigante.

¿Dónde está la moza de los ojos negros,
la que se sentaba bajo aquel ramaje
á esperar al mozo de sus ilusiones
cuando al sol tapaban los cañaverales?

¡Quién sabe si el agua la cogió soñando
con su amor!; quién sabe
si se fué durmiendo por aquella huerta,
por el agua *alante...*!

.....

Ya ha bajado el río;
ya se ven de nuevo todos los bancales,
pero sin un árbol ni una mata verde...
¡no hay una vivienda por ninguna parte!

Ni aún aquella casa
de los dos parrales
donde estaba aquella
de los ojos negros, de los ojos grandes.

Yo pasé á otro día
sin hallar un alma por aquel paraje...
recorrí la huerta,
ví todo el desastre,
todo aquel desierto
donde estaban antes
la casica blanca,

álamos, palmeras, zarzas y rosales...

Me senté un momento
y sobre el escombros percibí unos ayes.

Una pobre vieja con el alma llena
de tristeza amarga que á sus ojos sale,
dice que la casa que habitó la moza
son aquellas piedras donde va á sentarse;
dice que la moza se perdió aquel día



como se perdieron frutos y caudales,
y que ya no ha vuelto,
ni la espera nadie...
dice que su hijo tanto la quería
que cuando lo supo, lleno de pesares,
se marchó á buscarla por el agua abajo...
por el agua *alante*...!



Estigma

No llores más. Naciste del pecado más pura que tu madre. El adulterio no mancha lo más mínimo tu alma mientras tu cuerpo virginal ostentes con el casto tesoro de pureza, emblema de las vírgenes. No llores el ultraje social que te escarnece, esa estúpida ley de herencia infame que en tu frente señalan los villanos, como si fuera responsable al crimen el hijo del malvado que asesina. No temas; tú eres pura, con la hermosa pureza de las almas que se lavan con triste llanto en la maldad ajena...

De la entraña asquerosa de aquél huevo que calienta tal vez cuervo carnívoro, nace blanca, lindísima paloma, casta, sencilla, laboriosa y pura...

Del fondo cenagoso de los mares, enfangada madrepora nos presta flamante perla de collares digna, para ceñir los cuellos de las vírgenes...



Del pestilente seno de la tierra
nace el diamante refulgente y puro,
con los colores de sus aureas luces
formando el iris de la paz hermosa...

Y con la esencia vil de los abonos
inmundos, asquerosos y groseros,
brota la espiga, que en el caliz puede
ser pan sagrado donde Dios habita...

No llores más. Naciste del pecado
más pura que tu madre. Yo te adoro
con la pasión más grande de la vida.

Tu madre es el pecado; tú no eres
sino virtud purísima. No temas
á esas leyes estúpidas del mundo
que quieren esculpir sobre tu frente
para hacer responsable mancha ajena.

Tu madre es aquel huevo, el hondo fango,
la basura asquerosa de las plantas:
tú, la casta paloma, aquella perla,
el diamante purísimo que alumbrá,
la espiga que ha de ser hostia sagrada
donde el Señor habita. Yo te adoro;
pues para hallar la perla pura y rica
se tira la madrepora asquerosa
enfangada en el fondo de los mares;
¡mujer, tú puedes redimir al mundo!



Calumnias

Hay lenguas que matan,
hay seres perversos
que siempre que mueven sus labios parece
que tocan á muerto.
Yo ví por la calle
cadáveres de esos,
que viven sin vida, que van cabizbajos
y muertos se pasan la vida viviendo...
Yo hiciera una cárcel muy grande, tan grande
que cupieran dentro
todos esos seres
que matan, cobardes, sin plomo ni acero.
¡Qué grande sería...! Ni con medio mundo
hubiera bastante para todos ellos ..
Allí les pusiera sus lenguas colgadas,
colgadas del techo.
Desde un triste día que ví que una honra
con cuatro palabras rodó por los suelos,
no sé si puñales ó si malas lenguas
me causan más miedo.
Si nos clavan puñales, la herida
la curan los tiempos...



si es de muerte, lo mismo se cura,
se cura muriendo.
Si hiere una lengua,
no tiene remedio:
es igual que si á algún moribundo
condenaran á estar siempre oyendo
el doblar repetido del bronce
tocando á su entierro...
Hay seres que matan;
hay seres perversos
que siempre que mueven sus lenguas, parece
que tocan á muerto.



Ausencia

Golondrina que en vuelo rápido avanzas
al apacible clima de otras regiones,
compendiando en tus plumas tristes mudanzas;
con las blancas te llevas mis ilusiones,
con las negras caminan mis esperanzas.

Haz tu nido en el techo de su hogar santo
y cuéntala el cariño que la profeso,
y si miras que sigue su triste llanto,
tú por cada suspiro le das un canto
que ella por cada canto te dará un beso.

Dile que está muriendo sin un consuelo
el corazón que á ella tengo ofrecido;
dile que aunque pisamos distinto suelo,
mirando ella tu nido verá este cielo;
yo, mirando este cielo, veré tu nido.

Y cuando á darle vayas la despedida,
golondrina, y su lazo quiera prenderte,
concede al yugo el cuello, que á tu venida
en el color de rosa traerás su vida
ó en tus solos colores traerás mi muerte.



Victoria

Soneto

A la Srta. Victoria Sánchez.

Tu nombre es nuncio de la gloria amada:
por él surgieron ricas las naciones,
dió el trovador sus mágicas canciones,
habló la pluma y conquistó la espada.

Victoria busca el arte que traslada
al lienzo las sublimes concepciones,
y lucharán guerreros campeones
por tener la *victoria* en tu mirada.

Victoria es el progreso y el trabajo
que á la risueña juventud nos trajo
luz á la mente y á los sueños gloria.

Y hasta Dios, al dar luz al firmamento
y á los astros eterno movimiento,
el universo tuvo por *victoria*.



Crepúsculos

I

Vibraron las campanas sobre las altas torres
de la ciudad tranquila,
y un eco misterioso cogido por los vientos
salió de los cristales cual tierna melodía.

El alba abrió sus brazos,
su púrpura infinita
se iluminó de pronto
para esperar el día.

Abrieron los claveles sus lábios nieve y grana
para exhalar al aire suspiros y sonrisas,
y de su ardiente seno brotaron entre luces
las perlas escondidas.

Los pájaros del huerto peinando con sus picos
su pluma leve y fina,
cantaban en las copas de la arboleda verde
con sus primeros trinos sus ansias matutinas.

¡Cuánto color las flores!
¡qué alegres armonías!
¡qué cielo de esperanzas
y qué raudal de vida...!



Amaba yo y entonces en las mañanas tuve
mis consejeras íntimas;
amaba yo y el mundo como mi amor cantaba,
como mi amor reía...
Aquel mundo era el mismo que yo llevaba dentro
sembrado de alegrías.

II

Sonaron las campanas sobre las altas torres
de la ciudad tranquila;
el eco misterioso traspuso las montañas
y se llevó á otras tierras las tiernas melodías.
El sol hundió su disco...
las nubes desplegaron sus gasas vespertinas
quemando incienso de oro
para enterrar al día...
Cerraron los claveles sus cálices marchitos;
doblaron la cabeza cansados de la vida;
sus lágrimas cayeron en forma de hojas secas
al suelo desprendidas,
pedazos de las almas cansadas del martirio
de penas y de dichas...
Los pájaros del huerto, medrosos, escondieron
sus cabecitas breves bajo sus alas lindas,
y eran sus trinos quejas, gemido imperceptible
de sus postreras ansias, de sus primeras cuitas...
¡Qué poco olor las flores...!
¡qué tristes armonías...!
¡Qué cielo de tristezas
y angustias infinitas...!
Volaron mis amores y ya tengo en las tardes
mis consejeras íntimas...
volaron mis amores y ya suspira el mundo
como mi amor suspira...



El mundo ya es el mismo que yo llevo ahora dentro,
que llevo yo ahora encima...
Por eso ya me siento á ver el sol que muere
detrás de la colina;
pues mi alma, como el mundo, se apaga, se oscurece
y siente en su horizonte las sombras vespertinas.



Locura de poder

I

¡Qué afán de ser más que otros alienta á los mortales!
¡Qué sed de hacer esclavos! ¡Qué afán de poderíos!
Las arcas ya no sacian repletas de metales...
Aunque corriera en cambio la sangre humana á rios,
por el poder darian su vida y sus caudales.

II

Y de ese afán, la innoble locura no me asombra;
son ansias de negreros, es vanidad tan necia,
que quiere tener leyes de amparo y á su sombra
hacer y hacer esclavos; pues ya el valor se aprecia
por cuanta carne humana tengamos por alfombra.

Lucha

Luchemos, sí luchemos. La lucha es la belleza
más grande de la vida.

Sin lucha no hay encantos en las empresas grandes
ni en las pasiones íntimas.

Si Dios hubiera dado á cada ser su objeto,
su prenda codiciada, su amor ó su alegría;
si en esta breve tierra el pájaro encontrara
por anterior designio á la hembra apetecida
y el hombre sus amores y la ambición tesoros
y hartura la avaricia,

¿á qué vivir entonces sin ansías y sin luchas,
á qué vivir sin nada que endulce nuestra vida?
Fuera cruzar el mundo, igual que vejetales,
sin penas y sin dichas.

La lucha solamente ofrece el atractivo
de las pasiones íntimas...

Yo quiero el imposible, aquello que me niegan,
aquello que no es fácil coger porque está arriba,
aquello que está lejos... Para morir de hartura,
quiero morir primero de lucha y de fatiga.

Los límites son siempre
cadenas que nos ligan...



¿Por qué virtud las aves
el vuelo no limitan
y todo el mundo es suyo...? Por qué razón ni ley
no tienen los humanos las libertades mismas?
Yo quiero lo imposible, aquello que está lejos,
subir por la pendiente, por la pendiente altiva,
y siempre á líneas nuevas
manifestar codicia
y siempre más empeño
y siempre más arriba.

Rivales, sí, rivales que el triunfo me disputen;
si caigo que ellos gocen, si venzo que se rindan;
sin lucha no hay amores para apagar mis ansias,
sin lucha no hay pasiones de mis alientos dignas.

Escrito en la conciencia
llevamos este enigma,
y lo encontramos siempre
en lances de la vida.

Tenemos en las leyes las pruebas más hermosas
porque la lucha vive también en la justicia.

Matar á un indefenso,
á más de cobardía,
es propio de las almas
rastreras y mezquinas.

Y el fuero de las leyes con inflexible mano,
que el crimen aborrece, con más furor castiga
el crimen alevoso, cobarde y que envilece,
que el homicidio simple en lucha franca y digna.

Así la lucha es siempre
la vida de la vida...

así se temple el alma; que sin aquella lucha
de Satanás, no hubiera regiones infinitas,
ni gloria en las bondades
ni infierno en las malicias...

Yo quiero el imposible, aquello que está lejos:



aquello que me niegan, aquello que está arriba;
para morir de hartura, yo quiero morir antes
de lucha y de fatiga...
porque la lucha es noble,
porque la lucha es digna.



Mis tres amores (1)

A Raimundo Ruiz Garcia.

Cuando de la patria canto los amores,
tres amores canto;
por cualquiera de ellos diera yo mi vida,
son los tres sagrados.
Uno ya descansa bajo aquella losa
y quedan tan solo las letras del mármol.
Dentro de muy poco, no quedará nada,
porque aquellas letras borraré con llanto.
¡No dirá mi padre que las siemprevivas
que hay sobre su tumba, no las he regado!

Voy todas las tardes
hacia el camposanto,
donde se deslizan
mis mejores ratos.
¡Ay! si otros amores
que en la vida guardo,
no fueran conmigo,
me quedara á un lado
de la tumba aquella

(1) Premiada en los Juegos Florales de Alicante.

muerto de pesares; porque tengo tantos. .!
Pero cuando vuelvo con la fé en el alma,
triste y cabizbajo,
aun tengo unos brazos que me esperan siempre...
aun tengo unos brazos...
Son los de mi madre que es otro amor mío,
tal vez el más grande, tal vez el más santo.
Sobre aquella tumba donde voy con ella
la he visto llorando...
y es aquella tierra que regó con lágrimas,
tierra de cenizas amasada en llanto.
De eso es este suelo de la patria mía,
de eso es el pedazo
de terreno firme, sobre el cual sin rumbo
caminando vamos...
Al tener tres vidas,
todas sin reparo
diera yo gustoso... ¿para quien más justo?
Una por la tierra donde yo he rezado,
otra por el llanto que vertió mi madre
y otra por la hermosa con la que yo paso
horas que sin ellas, toda mi existencia
fuérame un calvario;
por aquella hermosa
donde siempre guardo
con mis ilusiones y mis alegrías,
glorias y pesares, tristezas y engaños...
Son los tres amores que en la patria viven
y en su suelo hallaron
cielo y sepultura,
lágrimas y cantos...
¿Cómo hay quien se olvide
de la patria, acaso
cuando no se compra ni con montes de oro
solo aquel pedazo

que regó mi madre sin dejar un día,
con su triste llanto...?
Ahí está la patria...
ese es el sagrario
donde están los lechos de los que murieron,
donde están las lágrimas de los que lloraron,
donde están las dichas y las ilusiones,
grandes como el cielo que les dá su amparo.
Y por eso siempre, cuando canto al suelo
de la patria mía, tres amores canto...
Por cualquiera de ellos diera yo mi vida...
¡son los tres tan grandes...! ¡son los tres tan santos!...
Y estos tres amores
hizo Dios por algo;
si ellos se acabaran, todo en este mundo
hacia eterno abismo fuérase rodando...
desde los castillos que defienden tronos
hasta las riquezas que alzan los palacios...
.....
Deja que yo rece, patria de mi alma,
sobre aquella tumba que para él labraron...
deja, patria mía, que cuando yo vuelva
triste y cabizbajo
de rezar, me encuentre
con aquellos brazos...
deja que á la hermosa
que en el alma guardo
cuenta mis tristezas y mis alegrías
y mis desengaños...
Mientras tú cobijes estos tres amores,
yo daré mi vida por tu amor en cambio...
¡Muera yo con ellos, y después si quiere
que se caiga el mundo roto en mil pedazos...!

¡Qué negros...!

Sobre blanca cuartilla, tersa y fina
me propuse escribir un pensamiento;
corrió la pluma á impulsos de la mano,
corrió la mano á impulsos del cerebro.

Pensé en amores, luchas, remembranzas
de pasados y torpes devaneos;
se agolpan las ideas, se sublevan,
con la mano en la frente las detengo,
y acaricio las negras, que las otras
las enterró con su piqueta el tiempo.

El porvenir me agobia de esperanzas,
el pasado me inquieta con recuerdos
y el presente me mata á realidades...
¿qué tumba hay que se iguale á mi cerebro?

Calló la mente, se aquietó la mano,
cesó la pluma y en el blanco pliego,
contemplé en la columna de renglones,
como una mancha oscura el pensamiento.

Lloré de la blancura inmaculada
la pureza marchita en loco empeño
y al ver las manchas de la tinta, dije:

¡Mi pensamiento es negro...!

.....

Cuando en el libro del amor se anota,
cantando va la pluma y escribiendo;
se suceden y brotan las ideas
como atornasolados pensamientos.

Mas nunca faltan lágrimas que borren
el limpio tornasol que fué halagueño;
entonces son ya manchas solamente,
entonces son ya negros...

Nieve del alma

Cubierta está de nieve...
Ya está la sierra blanca;
ya cubren el camino
las hojas de las parras,
con el matiz de luces
de la brillante escarcha...
Los diáfanos cristales,
de la neblina densa con el vapor se empañan...
Sus pétalos las flores,
cerrándose, resguardan...
Los besos de las olas
quedaron en la playa
en témpanos de hielo sujetos como alfombra
de matutina gasa...
Parece que el invierno
tendió sus blancas alas
para borrarlo todo
con el suspiro triste de su sonrisa helada...
Mas no; sobre la cumbre
de aquella sierra blanca
que está llena de nieve,
se vé la eterna llama;



el mundo de los mundos con lluvia de diamantes
saluda á la mañana,
y aquél ardiente beso
en mil hebras de plata
deshace aquella nieve
que cubre las alturas de aquella sierra blanca...

En lágrimas lo mismo
las hojas de las parras
deshacen los matices
de la brillante escarcha...

Los diáfanos cristales desprenden los vapores
con que antes se empañaban,
y de la flor, los pétalos
al desplegar, resbalan
las gotas de rocío

que dentro de su seno su cáliz encerraba.
Aquella densa alfombra
que tapizó la playa
de témpanos de hielo,
lo mismo se desata...

Parece que á los rayos del sol, el mundo ríe
con refulgentes lágrimas...

.....

También tengo yo nieve,
también tengo yo el alma
como las hojas secas,
como la sierra blanca...

También tengo yo nieve
que se congela dentro y se deshace en lágrimas.



“Juan José,”

Soneto

A Joaquín Dicenta.

Es la voz tanto tiempo reprimida
de ese pueblo infeliz y laborioso;
el eterno gemido, el angustioso
lamento de un sublime parricida.

Es la profunda y palpitante herida
que ha de acabar en cáncer venenoso;
es el grito de alerta al poderoso,
es el drama tremendo de la vida.

Es el mártir obrero que padece,
aunque en sus blancas hojas no le ofrece
la cruz de santidad el calendario.

Es el triste luchar de los cautivos
que arrastran los grilletes depresivos
sujetos á la argolla del salario.



¡Horas tristes! (1)

*A mi primo
Jesús Carrillo del Valle.*

Pasaron los tiempos
dando en su carrera
horas de alegría
y horas de tristeza;
las unas fugaces,
las otras eternas:
las que pasan volando ¡qué dulces!
las que no pasan nunca ¡qué negras!
No es que desiguales
el reloj las cuenta;
que el tiempo es el mismo,
que nada respeta,
dejando en el alma
grabadas sus huellas...
para cada minuto de dichas,
un siglo de dudas y un siglo de penas.

(1) Premiada en el Certamen de Alicante (1900).



¡Son horas iguales...!
Pero no son ellas
las que van despacio,
las que van ligeras...
Las horas que pasan,
las horas que vuelan
son aquellas que miden las dichas...
las horas eternas,
que no pasan nunca,
esas son las que miden las penas.

.....

De las que pasaba
yo junto á tu reja,
un vago recuerdo
tan solo me queda...
¡Qué pocos instantes
duraba la siesta
en que te soñaba...!
¡Qué pocos la noche si estábamos cerca...!
¡Ay de mí! Pero en cambio conservo
tan guardada aquella
que acabó con mi amor y mi dicha,
que fué la postrera;
y ya vés si camina despacio,
que empezó há tres años y aun vivo con ella...
Por eso las horas,
según quien las cuenta,
unas van despacio
y otras van ligeras;
unas que se marchan con las alegrías,
otras, que no pasan nunca en las tristezas.
Y ya no me espanta
que después de aquella
de amor y de dicha,
sonara otra lenta



que hundió otros momentos tan dulces y gratos
como los felices que pasé en su reja...

la que de una vida
fué también postrera...

la que mi morada
invadió de pena...

la que dió á aquel cadáver abrigo
debajo de un triste puñado de tierra...

Son horas tan largas,

horas tan eternas

¡ay! que de sus años

ya perdí la cuenta.

Sé que ya suponen

toda mi existencia,

y que me hacen viejo; pero que no pasan

¡ni pasarán nunca hasta que me muera...!

.....

Hóras de alegría

y horas de tristeza,

ya vés como siguen

desigual carrera...

Las que pasan volando ¡qué dulces!

las que no pasan nunca ¡qué negras!



Ilusiones

Soneto

—Madre, las ilusiones son hermosas:
yo sueño algunas veces ilusiones,
que me ofrecen en mágicas visiones
gloria y amor; ¡y pienso en unas cosas...!

—Hija, nunca las creas venturosas,
porque suelen matar los corazones:
yo me dormí soñando en sus ficciones
y desperté entre sombras tenebrosas.

—A mí, tales verdades me parecen,
que para ver las cosas que me ofrecen
quiero cruzar los años en un día.

—Yo también lo anhelé, mas fui engañada.
—¡Quién tuviera tu edad, madre adorada!
—¡Quién tuviera ilusiones, hija mia!

¡Era un ángel...! (1)

Murió cuando el alma soñaba inocencia,
murió en la sonrisa más pura del sueño;
cualquiera diría, mirando su rostro,
que no estaba muerta, que estaba durmiendo.

Que, igual que la rosa
á impulsos del cierzo
sus pétalos pliega
que aun tiene entreabiertos,
robada á la vida, no aspiras su aroma
ni ves sus colores ni sientes sus besos...

Quince años pasaron,
quince años que fueron
como una esperanza
de cortos, de bellos...

Murió tan temprano como aquella rosa,
al abrir sus pétalos;
y al doblar su corola tronchada,
sus puros olores llegaron al cielo.

¿Tú lloras? No llores.

El alma es aroma de efluvios eternos

(1) De la «Corona poética» que la poetisa D.^a Eladia Bautista dedica á su difunta hija Carmen.



y el mundo es su cárcel;
no llores por eso...
Sé yo donde ha ido
la niña que ha muerto;
sé yo quien besaba sus lábios de rosa
estando muriendo;
sé yo que bajaron dos ángeles suyos
muy cerca del lecho,
que Dios les mandaba con cantos de gloria
llevarla con ellos,
para una corona de flores tempranas
que estaban tejiendo.
Faltaba una rosa...
faltaba y vinieron
con cantos de gloria, con alas de nieve
y orquesta de besos...
Sé yo donde ha ido.
Por eso reían sus lábios; por eso
cualquiera diría mirando su rostro,
que no estaba muerta, que estaba durmiendo.



Domingo de Ramos

Era muy hermosa.
La ví arrodillada
rezando en la iglesia
y oyendo devota la misa de Palmas.
Salió más alegre...
con aquella cara
de nieve y de rosa,
¡con más ilusiones y más esperanzas!...
Siempre en aquel día
sacaba su palma,
bendita como ella,
como ella de tierna, como ella de blanca...
Llegué hasta su calle,
y en una ventana
con muchos claveles
y muchas macetas de flores tempranas,
ví con qué cuidado la palma ponía...
Todas las mañanas,
desde aquel domingo,
por mirar su reja tan solo pasaba...
Ella estaba dentro;
y como un jilguero metido en su jaula,



cantaba de un modo...
¡qué bien que cantaba!...
Su canto iba lleno de melancolía,
su copla era de esas que llegan al alma.

.....

Pasé otro domingo
de Ramos. ¡No estaban
ni aquellas macetas ni aquellos claveles;
ni rosas... ni palmas!
¡Ni aquel jilguerillo que tras de la reja
alegre cantaba!...
Mudaron de sitio; pues de aquellas flores
que hubo en la ventana,
supe que le hicieron
la triste corona que adornó su caja...
La palma, ya mustia,
también la adornaba.
¡Quién me lo diría!
Siempre, al ver la reja con flores y palmas,
parecióme mirar de una virgen
la triste mortaja...

¡Fuego....!

Vengo de ese campo donde Dios derrama
toda su grandeza;
vengo de ese campo, de mirar los trigos
que prometen darnos una gran cosecha.
Todas las mañanas que pasé en la nieve,
todos los sudores que vertí en la tierra,
todos mis trabajos,
todas mis faenas,
ya son matas verdes que serán más tarde
oro amontonado sobre las garveras;
ya tengo seguro casi todo un año,
ya tengo alegría para Noche buena...
como no se cambie
desde aquí á la siega,
¡vaya un buen invierno
que se nos presenta...!

Con el pan de sobra, con el oro á mano,
con los trojes llenos y salud, no hay penas.
Ya las he tenido por bastante tiempo,
ya es hora, Dios mio, de que no las tenga;
hoy, después que he visto todo aquel tesoro,
todo aquél encanto que hay sobre la vega,



lloro de alegría... que bastantes veces
llore de tristeza...

Y por eso ahora, vengo tan contento
de mirar los trigos y de ver la tierra...
Como no se cambie; ¡qué año más hermoso!
si es que no se pierde, ¡vaya una cosecha...

.....

¡Qué dolor tan grande...!
vengo de la era,
donde están ardiendo ¡lástima! la parva
con las tres garveras...
¡Eso si que es triste! Ver en un instante
convertida en humo toda la riqueza
de un año de vida y otro de trabajo...
¡vaya un buen invierno que se nos presenta!
¡buen fin han tenido
todas mis faenas...!
¡buena suerte tuvo
la mejor cosecha...!

Sufre en las mañanas el rigor del frío...
echa tus sudores á ese suelo, echa
toda tu esperanza y algo de tu vida
y hasta tus ensueños, y hasta tu existencia,
para verlo todo luego por el viento
convertido en humo y hecho una pavesa...
¡Cosas de la vida! que es lo que me dicen
los que me consuelan;
á tomar el tiempo
como el tiempo venga;
que á buscar otro año,
que á tener paciencia,
vaya si la tengo;
que de no tenerla,
yo también, ardiendo con aquellas mieses,



hecho ya cenizas tal vez estuviera...
¡para lo que pienso ver en el invierno...!
¡para las fatigas que pasar me esperan...!
¡Ay! ¿Por que no quiso
Dios, que antes que ardieran
los dorados frutos de mis esperanzas
yo me hubiera muerto... ¿para qué me deja
sin tener qué darles á mis hijos, luego,
para que no lloren, para que no mueran...
¿Quién va á darles ropa para que la nieve
no los deje helados... ¿quién para otra siembra
me dará ya trigo...? Nadie; ya no tengo
nada que se pierda...
todo mi tesoro
se quemó en la era...
ya no tengo nada,
todo fué en la quema
convertido en humo,
convertido en tierra...

Porque la barraca, que es lo que mas quiero,
para verla triste, para ver en ella
lágrimas amargas que me den pesares;
para ver mil duelos y hambres y miserias,
aunque se troncharan todos sus maderos,
aunque se quemara, aunque se cayera...
¿Para qué la quiero si me falta todo?
Por qué no se hunde antes que yo vea
que mis hijos lloran y que yo no tengo
para sus dolores ni una mata seca...?



¡Quién baila...!

Entre un mar de naranjos y panizales,
cercaños de claveles y de rosales,
bajo las verdes hojas de altiva parra,
y al son brusco y sonoro de una guitarra,
bailan mozos y mozas aires marciales.

Es domingo en la tarde y el sol declina
por detrás de la enhiesta sierra vecina;
la huerta va tomando nuevos colores
y parece el conjunto de sus verdores,
rocío de esmeraldas y purpurina.

Lo mismo que la huerta, van las zagalas
luciendo sus flamantes festivas galas;
y bajo el dosel verde del emparrado,
se mueve aquél conjunto de iris bordado,
como una mariposa de dobles alas.

Ellas, lucen sus ojos negros y ardientes,
miniaturas de soles resplandecientes;
sus chales de azabaches y de puntillas,
las dalias encarnadas de sus mejillas
y el coral oscilante de sus pendientes.

Ellos, con sus camisas muy bien rizadas,
llevando en sus pecheras letras bordadas
y pintados de ramos lindos jubones,
con la sonante plata de sus botones
y sus amplios chambergos de alas planchadas.

Entre un cantar sonoro que al baile incita,
la gallarda pareja veloz se agita;
suenan como un torrente las castañuelas
y al compás quejumbroso de las vihuelas,
los piés alzan la ropa que los limita.

La moza, de sus faldas ensancha el vuelo
para hacer una curva tocando al suelo,
y á punto de troncharse va su cintura;
pero luego se yergue, mide la altura
y á punto van sus manos de abrir el cielo.

La que baila es la reina linda y barbiana
de aquel trozo de hermosa región huertana;
es la moza el encanto de aquella choza
y ha costado más penas aquella moza,
que coplas le cantaron en su ventana.

Cuando puesta de gala sube á la ermita
como una egregia reina por su mezquita,
los profusos y tiernos cañaverales
se inclinan entonando marchas triunfales,
al impulso del viento que los agita.

Cantando es el suspiro de las gitanas;
bailando es un bosquejo de sevillanas;
y tienen sus contornos tal gallardia,
que es un trozo de cielo de Andalucía
salpicado de frescas flores murcianas.

Del paisaje pintado de aquella zona,
ella es la soberana gentil matrona;
ciñe collar de perlas á su garganta,

y puede ser la Virgen de la Fuensanta
si le ponen un manto y una corona.

Mientras duran los giros de aquella danza
sus bravos y sus vivas el corro lanza;
y es, cuando el entusiasmo rompe su dique,
un grito de alegría cada repique
y una lluvia de flores cada mudanza.

De pronto un mozo altivo, sombrero en mano,
al bailador le pide su sitio en vano;
que son rivales ambos demuestra un gesto;
y al pedir el que sale para él, el puesto,
el que baila contesta que aun es temprano.

Al levantar los brazos la bailadora
para dar una vuelta fascinadora,
se oye un grito que lanza la concurrencia:
grito que á un brazo armado pide clemencia
para evitar un crimen; mas ya no es hora.

El bailador vacila, se oprime el pecho;
ella le da en sus brazos fúnebre lecho;
juramenta el que mata, gime el que muere
y la copla postrera que el viento hiere,
vuela de choza en choza contando el hecho.

Después aquellos rayos occidentales
prestan al triste cuadro tenues ciriales;
allí están el cadáver y la guitarra
y cuando mueve el viento la verde parra,
suenan cuerdas que cantan los funerales.



Amor precoz

¡Qué hermosa está la niña...!
Sus brazos enlazados,
de la pequeña almohada
sobre el encaje blanco
descansan, y parecen
sus diminutas manos
dos rosas; su cabeza, un velloncito de oro
prendido entre dos trozos pequeños de alabastro.
Está triste; y anoche
estaba pensativa, como jamás ha estado...

¡Qué gozo causa verla...!
Tal vez está soñando,
porque se mueve mucho:
y de sus tiernos lábios
se escapa una sonrisa
entre un suspiro amargo...
¿Qué soñará? ¿Qué puede
soñarse en esos años?
¿Tristezas? No las hay.
¿Amores? Es temprano.
Su risa no es la risa
que siempre vi á mi lado;



su risa no es aquella,
pues tiene un dejo amargo.
Me pareció la niña como un clavel de rosa
en un montón de copos de nieve sepultado...
¡Su cara era tan linda...!
¡Su lecho era tan blanco...!
Noté que algunas veces
aquellos tiernos lábios
trazaban sus palabras;
pero que yo no pude saber lo que pensaron.

.....

Pasó muy mala noche;
pues ví que al otro día sus ojos eran lánguidos,
y no miraban mucho
y estaban demacrados.
Y supe que ya nunca
su risa se ha escuchado,
y alguna vez que ríe
se ríe suspirando.
¿Qué pudo aquella niña
precoz haber soñado?
¡Si ya parece vieja
teniendo pocos años...!
Hay sueños que trastornan
la vida, y este infausto,
tal vez que lo pasara
con el amor jugando.



El baile

A José Martínez Albacete.

Está el salón radiante
de luces y de alhajas;
la orquesta con sus sonos candenciosos
interrumpe el torrente de palabras.
El rigodón comienza
sus elegantes farsas,
y es una escena más de hipocresía
en la comedia humana.
Aquellas hermosuras
son rosas trasplantadas
á un ambiente viciado de pasiones
desde el rico jardín que las guardaba.
Allí serán más bellas
pero serán más rápidas;
pues durarán tan sólo sus perfumes
lo que la flor de su rosal cortada.
Que igual que la materia,
se prostituye el alma,
y donde empieza la mujer su reino,



su imperio allí las vírgenes acaban...

.....

Seguid en la locura
batiendo vuestras alas
en el salón brillante del gran mundo
à los compases de excitante danza,
que cuando el nuevo día
os mande su alborada,
vuestros desnudos y turgentes senos
querreis cubrir cual Evas desgraciadas...
y encontrareis más frio
y encontrareis más ansias
y dejareis por huellas
de vuestra dicha y gracia,
en el salón las hojas de las rosas
y en el hogar, el rastro de las lágrimas.



La Fortuna

Una vez á tus puertas
llegará con su rueda la fortuna:
déjaselas abiertas
que solo una vez llama, solo una.

Con su rostro risueño
y su carro de perlas y topacios,
te sacará del sueño
para brindarte amores y palacios.

Te arrullará con besos tan sublimes
como jamás tu mente ha concebido;
si á sus besos despiertas, te redimes,
mas si sigues durmiendo, te has perdido.



La Guitarra

I

Ya no toca la guitarra;
la guitarra más sonora
que dió sus notas al viento;
aquellas débiles notas
algunas horas alegres
y tristes algunas horas.
Lorenzo viste de luto,
pues murió la *cantaora*
y desde entonces Lorenzo
siente una pena tan honda,
que ha colgado la guitarra
porque tocándola, llora.
Solo le queda una cuerda;
las demás están ya rotas,
y la última tiene el tono
aún de la postrera copla.
Y cuando el silencio es mucho
y el viento al pasar la roza,
la cuerda lanza un gemido
que siempre es la misma nota,



la nota que vibró á tiempo
de aquella voz tan sonora...
la nota que sintió un día
el aliento de su boca...
y Lorenzo la respeta,
porque es la voz de la moza
por quien templó la guitarra
para cantar en su boda.
Antes la hiciera pedazos,
que para cantares de otra
sirviera aquella guitarra
que tiene una cuerda sola,
donde el último lamento
de su canción amorosa,
al vibrar en un suspiro
siempre parece que llora.

II

Pasaron algunos años,
muy pocos; Lorenzo toca
aquella guitarra vieja,
que es, como otro tiempo, gloria
de otro amor; porque Lorenzo
ya era amante de otra moza.
Y descolgó la guitarra,
le quitó las cuerdas rotas;
pero al bajar la que había
aun de la postrera copla,
en vibración descendente
un ¡ay! lastimero entona
y exhala una queja triste
que maldiciéndolo, llora.



Adios

Soneto

Se alejó de mi alma mi sosiego
desde que te mandé mi despedida,
y he sabido lo amarga que es la vida
cuando se apaga del amor el fuego.

De tu maldita ingratitud reniego
al contemplarte mi ilusión perdida;
yo con mi llanto enjugaré mi herida,
y si á borrarte de mi mente llego,

poco á poco las llamas del olvido
vendrán á mitigar lo que he sufrido,
volviendo al fin á recobrar mi calma.

Sólo como mujer ahora te veo;
viva al lascivo beso del deseo,
muerta á las puras ansias de mi alma.



Dos de Noviembre

Sepultados allí, bajo una losa
del triste cementerio,
esperan la visita de los vivos
los solitarios muertos:
unos sin una cruz sobre sus tumbas.
otros dentro de ricos mausoleos;
¡que también nos persigue la soberbia
en el descanso eterno!
También allí palacios se levantan
en mármoles soberbios,
donde la vanidad se inmortaliza
y el fausto de los necios.
Unos apenas tienen suficiente
tierra que cubra sus inertes cuerpos,
otros, en cambio, en amplios subterráneos
tienen suntuosos lechos.
¡Ay! si es verdad que la infernal morada
debajo la tenemos,
esos que duermen en egregios mármoles,
esos están más cerca del infierno.
Sí; por eso no voy al camposanto,
porque también hay grandes y pequeños,



porque también la vanidad humana
esculpe allí su imperio.

Para evocar los seres que yo adoro,
los seres que se fueron,
yo no voy á sus tumbas á rezarles,
yo no voy á rezar al cementerio.

Cementerio tenemos en la vida
donde hay tumbas, sarcófagos y muertos.
Para quien llora unos amores, basta
con la tumba perenne de su pecho;
que el mundo es un sarcófago que encierra
más vivos los recuerdos
de los amados seres,
de los amores muertos.

Por eso cuando todos se dirigen
al sagrado recinto del silencio,
yo, con el corazón bajo mi mano,
elevo una oración, medito y pienso,
y no voy á rezar á donde sólo
polvo, polvo y no más queda de aquellos;
yo los llevo en el pecho más guardados
y por eso no voy al cementerio.

Tus ojos

Guarnecidos de largas y espesas
y negras pestañas,
son tus ojos luceros que alumbran
ó sombras que matan.

Yo los miro de día y de noche
y á veces me hielan y á veces me abrasan...
de día, entre luces, ¡qué sombras mas negras!
de noche, entre sombras, ¡qué luces más claras!



Muertos que viven

Pasaron mis amores,
pasaron, mas no huyeron;
que aun viven por desdicha
para amargar mis horas, aquí dentro.

Y no es fácil borrarlos
sin destrozarse el pecho,
pues van en él, lo mismo
que en los rosados cálices los pétalos;

lo mismo que en los astros
el raudo movimiento;
igual que eterno vive
el limpio azul en los fingidos cielos...

Pasaron, sí, pasaron
para mayor tormento,
para matar mi alma
con el tóxico horrible de los celos.

Y aunque al pasar dejaron
mi vida en un infierno,
no envidio de la gloria
la calma, si en la gloria no están ellos.



No sé por qué los guardo
no sé por qué los sueño,
mas sé que mis amores
pasaron, si, pero de mí no huyeron.

Que viven como viven
giro, color y pétalos,
que son la misma cosa
de los azules cielos,
de los brillantes astros
y los rosados cálices aquellos.

Por eso están mas cerca
cuanto se van mas lejos;
que mis amores viven
solo por la razón de que murieron.



Cantares

—
Mi guitarra solamente
sabe ser mi compañera;
canto y canta de alegría,
lloro y llora de tristeza.

—
Llevo un cantar en el alma
mucho tiempo, mucho tiempo;
me lo escribieron tus ojos
y lo imprimieron tus besos.

—
Cruzaron sus manos,
cerraron la caja...
Su madre lloraba de pena,
su novio, de rabia.

—
El amor y la lumbre
se igualan mucho;
porque cuando hay mas brasas



hay menos humo.
Tú eres la prueba;
tienes humo que asfixia,
pero no quemas.



Prisioneros

El pobre está en la cárcel
tres años encerrado;
tras los espesos hierros de la reja,
se ve su rostro pálido.
Y dicen que es calumnia,
que aquél hombre es honrado;
que por unas supuestas villanías
estaba allí tres años.
Algunos aseguran
que lo han visto llorando
y hablar con un jilguero que tenía
en su prisión, de hermano.
No le quedó otro amigo
que el inocente pájaro,
y á él le cuenta las penas de su alma,
tan sólo algunos ratos.
Un día quiso al ave
el triste presidiario
darle la libertad. Abrió la puerta
de aquél muro alambrado,
y aquél jilguero al punto
ganó el suelo de un salto.



Allí probó su vuelo...
¡no pudo levantarlo!
y se quedó muy triste sin moverse,
así como pensando.
Y trina con tristeza
y en su trinar amargo,
parece que decía:—¡Ya no puedo
volar hasta el tejado...!
Y ¿cómo, si las alas
los hierros me quitaron?
Ya es sólo mi destino en esta vida
morir encarcelado...
El preso que lo observa
así entiende su canto,
y piensa que es su suerte en este mundo
igual que la del pájaro.
¿Adonde voy sin honra,
—se dijo cabizbajo—
si la perdí lo mismo que tus alas,
¡ilguero desgraciado?
La misma es nuestra suerte;
morir encarcelados;...
¿á donde voy sin alas por el mundo,
¡ilguero, á donde vamos?



El espejo

Dejad que pasen todas las mujeres
por donde está el espejo del salón,
y á aquella que no vuelva la cabeza
hácia el cristal, le entregaré mi amor.

.....

Y oculto en una puerta de la estancia,
pude ver las bellezas desfilar
llenas de juventud y de alegría,
como un coro de ninfas, celestial.

Pero pasaron todas y ninguna
indiferencia hácia el cristal mostró;
todas, todas volvieron la cabeza
al espejo colgado en el salón.



Flores de Almendro (1)

*Al elocuente letrado,
D. Jesualdo Cañada Baños*

De aquella casa blanca donde pasé las tardes
postreras del invierno,
conservo una memoria
que no se borra nunca, ni pasa con el tiempo.
Está en una colina,
entre un vergel de almendros,
que empieza en una rambla de juncos y baladres
donde prodiga el agua cantares con sus besos,
y acaba entre las rocas más altas de la sierra
donde las ramas cantan amores con el viento.
Parece aquél ramaje, cuajado de guirnaldas
el sitio en que se duermen los ángeles del cielo;
parecen al arrullo del viento que las besa,
plumajes de alas blancas las flores del almendro.
Por ver si con los aires

(1) Premiada en los Juegos Florales de Alicante. (27 Agosto 1900.)



coabraba más alientos,
allí mudó su estancia
la hermosa de mis sueños.

La pobre estaba mala... yo bien que lo sabía;
era uno de esos males que no tienen remedio;
yo fuí todas las tardes por verla solamente
y hablarle de mis ansias, y darle mis consuelos;

allí miré sus ojos,
allí sentí sus besos;
sus besos eran dulces,
sus ojos eran negros,

lo mismo que las penas que llevo yo en el alma,
igual que los amores que lloro hace ya tiempo...
Al darme una promesa sus labios ya marchitos,
brotaban de los míos sentidos juramentos,

y aquellas blancas flores
gemían con los ecos

del último suspiro que exhala en su agonía
el moribundo invierno.

¿Qué trono más hermoso
ni qué dosel más bello,
que aquel trono de plata.
y aquel dosel de pétalos?

Para un amor tan grande, la vega y la colina
prestaban las riquezas del más grandioso imperio,
con música de alondras é incienso de tomillos,
con nubecillas de oro y esencias de romero.

La verde primavera
estaba ya en acecho,
y entre profusas ramas
á su primer bostezo,

lo mismo que una lluvia de nardos y jazmines,
aquellas blancas flores brotaron á sus besos.

¡Cuánta alegría fuera,
cuánta tristeza dentro!...

porque ella estaba triste,
 con una tos que helaba la sangre de mi cuerpo.
 Ya sabes—me decía—que he de dejarte solo,
 ya ves que estoy muy mala y al mal no hallan remedio;
 quizás dentro de un año no venga ya contigo,
 porque estaré ¡quién sabe!... porque estaré muy lejos.

Han dicho los doctores
 más sabios, que me muero;
 no pienses que lo ignoro, que moriré á otro año
 cuando á mostrar empiecen sus flores los almendros.

No dejes de rezarme
 entonces, te lo ruego...
 ya ves, cuando mi vida
 comienza su sendero,
 me llevo mis amores
 conmigo al cementerio...
 y en vez de las promesas que te pedí otros días,
 mi amor sólo te pide, para su tumba un rezo...

.....

Dos lágrimas brotaron
 de aquellos ojos negros...
 También yo lo sabía, por eso estaba triste
 y aunque me ahogaba el llanto, lloraba sonriendo;
 ¡si yo hubiera podido salvarla con mi sangre!...
 ¡si yo hubiera podido curarla con mi aliento!...

.....

Pasé todo el verano pensando en el otoño,
 pasé todo el otoño pensando en el invierno;
 al cabo venció el plazo
 de muerte, tan ligero,
 que pareció una noche de insomnio; que pasaba
 entre un mar de zozobras, delirios y tormentos.
 A veces me arrastraron



impulsos muy secretos,
al pié de la colina
donde miré sus ojos, donde sentí sus besos,
y no sé por qué causa
llegar me daba miedo...
pensaba ver las flores cubriendo aquellos tallos
como si fuera el mismo sudario de su cuerpo...
Por fin en una tarde, hallé las ramas verdes
cuajadas de botones, algunos ya entreabiertos;
me dieron tanto frío aquellas flores blancas,
que me alejé asustado como quien vé un espectro..
Volví para mi casa, sin ver por qué camino,
y hasta por no ver flores, ansié quedarme ciego:

no sé por qué mi madre
se abalanzó á mi cuello,
y me abrazó con fuerza
y sollozó entre besos:

si sé que desde el dia que fuí solo á aquel sitio,
ni para mí hay verano, ni para mí hay invierno.

Las flores están mustias y no me dan la esencia
fragante de otro tiempo...

en vano busco alguna que tenga lozania...

están como yo y tienen lo mismo que yo tengo:

un tallo ya cansado de estar sobre la tierra,

porque le pesan mucho las hojas que le dieron

aromas y caricias,

amores y consuelos.

¡Qué han de tener fragancia si no las ven sus ojos,
ni van entre sus rizos, ni van sobre su pecho...!

En cambio aquellas blancas que yo ví en la colina,
si mil veces las miro, lozanas las encuentro

ya vaya en el verano,
ya vaya en el invierno;
parece que no ajan



sus cálices eternos...
por eso desde entonces en el erial del mundo,
mis flores son tan sólo las flores del almendro.



Chispas

Yo tengo por costumbre
jugar con dos barajas al amor,
porque es mas fácil conocer el juego
con una, que con dos.

Soñé que ya de nuevo,
perdón á mis agravios te pedia
y que juré quererte como entonces...
¡se sueña cada absurdo en esta vida...!



Infantil

—Mamá ¿por qué esos niños
van siempre por la calle
descalzos y sin ropa?

¿Por qué enseñan la carne
y duermen por la noche,
sin cama, en los portales?

¿Es que no tienen frío...?

¿Es que no tienen hambre...?

—¡Ay, hijo, esos que viste
dormir en los zaguanes
sin ropas en sus cuerpos...
es que no tienen madre.



Dox pópuli

A Manuel Paso.

Que canten los hijos del pueblo, que canten
veréis lo que cantan;
veréis lo que dicen sus coplas benditas,
sus tristes cantares, sus cantos del alma...
Veréis como tienen sabor de amargura,
veréis como tienen acentos de rabia;
veréis como dicen que están sin amparo,
que no tienen patria...
Que canten los hijos del pueblo, los hijos
que sufren y callan...
Detened un momento los brazos,
que se paren un poco las máquinas,
que se escuche la voz comprimida,
que estalle y que salga.
Escuchad que está ronca del tiempo
que estuvo callada,
y que tiene rumor de cadenas,
y que tiene gemir de esperanzas...
Que vibre en los aires, que llegue á las nubes,
que alcancen sus ecos las torres más altas



y toquen á gloria formándole coro
las lenguas de bronce de enhiestas campanas.

Ya es hora, ya es hora
de oír como cantan;

que les quiten los hierros pesados,
que les quiten las duras mordazas
y derramen dolores y angustias,
suspiros y lágrimas.

Convirtieron los campos en mares
donde el oro en torrentes brotaba,
convirtieron las huertas en oro,
hicieron el oro y el hierro en las fraguas...

Si nos prestan la vida á raudales,
el negarles la vida es infamia...

Detened vuestro paso un momento,
descubrid las cabezas, que pasan;
no temáis el contacto si llegan,
son los que padecen, son los que trabajan.

Es el pueblo que vende tesoros
y que viene á llenar vuestras arcas:
ni su voz es el grito de guerra
ni sus manos son manos que manchan.

Dejadlos que canten,
oiréis lo que cantan.

Dirán que están solos, que nadie los oye,
que en desprecios se asfixian sus almas,
que buscan la vida luchando y luchando
sin una caricia, sin una esperanza...

.....
Yo soy de ese pueblo...
Yo soy de ese pueblo que sufre y que calla;
mi voz es la suya, sus penas las mías,
mi llanto sus lágrimas.

Yo soy de aquí abajo,
yo soy de esa masa



social, que denigra,
que asfixia y que mancha...

Pero quiero que se oigan las coplas,
que se escuche la voz apagada,
que terminen los odios que suben
y se acabe el desprecio que baja...

Yo soy de ese pueblo
que lleva inclinada
la frente, y que teme
levantar hacia arriba su cara...

Pero tengo ilusiones queridas
y tengo esperanzas...

¡Yo soy de aquí abajo... yo soy de ése pueblo
que sufre y que canta...!

Botín

Esta es la hora; acelerad el paso
á este botín con que os brinda el tiempo;
¿Qué es mi patria? La sombra de otros días
un carcomido y frágil esqueleto.

No temais resistencia, pueblos bárbaros;
tomad la parte del botín que es vuestro;
ni habrá quien lo dispute, ni siquiera
quien se atreva á miraros con mal ceño.

Esta es la hora; mi nación es débil
y no tiene derecho á sus derechos;
venid por ella, acelerad el paso
y haced mi tierra patria de extranjeros...

.....

Pero aunque al parecer espera muerta
y de matrona de turgente seno
se borraron los rasgos juveniles
y sólo queda el fúnebre esqueleto,
venid armados, con las armas fuertes,
con cañones flamantes y certeros;
por si acaso el cadáver se despierta,
y sabe hacer puñales de sus huesos.



La fiebre del crepúsculo

A Juan Antonio López.

Al caer de la tarde, cuando el bosque
se extremece de frío, cuando el alma
siente las infinitas emociones
pensando en mil grandezas y delirios;
cuando hasta el lago terso y trasparente
siente también lo grande entre sus aguas
y sueña con ser mar, porque en su seno
cuatro débiles olas se formaron;
cuando tiemblan las hojas de los árboles
para dejar las ramas y perderse
en locos torbellinos de aventuras,
es la hora magna; cuando el sol declina,
cuando entorna sus párpados la noche
y en el silencio universal se escucha
el último suspiro de la tarde,
que hiela las entrañas de los seres
y amodorra entre sombras á los mundos;
entonces siento fiebre, siento el fuego
brotar sobre mi frente, esa es la hora,
la hora en que se piensa y se medita:



quien tiene Dios, en Dios; quien tiene amores
ó penas ó recuerdos ó esperanzas,
esperanzas, amores y recuerdos
hierven como gigantes invisibles
en el cerebro que febril delira.
Por eso el lago al recibir las sombras
que dejan los crepúsculos que mueren,
siente también el frío en sus entrañas
precursor de la fiebre soñadora,
y con las mismas ansias que otros seres,
cuando el delirio aumenta, surge airado
y llega el agua á rebasar sus límites
al pequeño oleaje de la brisa.
Y piensa el lago: «Adios, cárcel pequeña,
rompí mis hierros, mi prisión de juncos
para ser mar grandioso, omnipotente;
ya rujo proceloso, ya mis olas
ensanchan mi camino, ya soy grande,
soy mar, soy mar tremendo...» Esa es la fiebre,
la fiebre universal de los crepúsculos.
También las hojas su canción suspiran
movidas al gemido de la tarde;
también sueñan y sueñan en locuras
con pasiones seniles y decrepitas.
Al huracán se lanzan, en él suben
entre espiral de polvo, más arriba
de aquellas ramas que prisión les dieron
á tiempo de nacer, en sus botones...
¿Quién sabe donde irán! Pero es la hora,
se mueven con la fiebre vespertina...
Yo la espero también, la espero inmóvil,
mirando el horizonte ¡hora dichosa!
Y cuando llega el postrimer suspiro
de la tarde otoñal, tiemblan mis huesos
como el agua del lago transparente,



como las hojas secas en las ramas.
Después la fiebre enciende mi cerebro
y mis pesados párpados vacilan
hasta que cubren mis ardientes ojos,
y sueño y sueño con el alma llena
de pensamientos grandes y sublimes.
Recuerdos, esperanzas, ilusiones,
cuanto el pasado ha escrito en sus anales,
cuanto el futuro esconde en sus arcanos,
pasa en confusa procesión que admiro.
Tronos brillantes, vírgenes desnudas,
grandes palacios, míseras cabañas,
gnomos que divierten á los grandes
con muecas y con gestos y con saltos;
senos desnudos, bacanales lúbricas,
esqueletos humanos con guadañas...
toda una apoteosis de la vida.
Es la fiebre, es la fiebre. Yo deliro
y al entornar mis ojos, mi alma vuela
lejos de mi, muy lejos, á otro mundo
lleno de amor, de vida, de esperanzas,
que de ansias y esperanzas y de amores
se alimenta la fiebre de mi vida.
Por eso espero en la tranquila tarde,
mirando al horizonte, la hora magna,
los sublimes momentos del delirio,
el sopor, la modorra y el letargo
en que palpita el universo todo
cuando sienten las almas y las cosas
la fiebre del crepúsculo.



Al amor de la lumbre

Era noche de amor, noche de invierno;
el huracán rugía en los cristales,
semejando gemidos sepulcrales
salidos del averno.

Reclinaba en mi pecho su cabeza
contándome su historia y sollozaba;
yo su blondo cabello acariciaba
sumido en su tristeza.

Lloraba una calumnia tan infame,
que sentí indignación contra esa gente
que hace que la mujer más inocente
sus lágrimas derrame.

Yo buscaba un alivio á su tormento
y al fin lo hallé, estaba á nuestro lado:
símbolo fiel, en el cristal, formado
por la luna y el viento.

Mira—la dije—el huracán que impera
y la impalpable luz, llenan lo mismo
del universo el infinito abismo
en su veloz carrera.



El viento es la calumnia escandalosa,
la luz es la verdad, lo que fulgura,
y el cristal trasparente, tu alma pura
que el huracán acosa.

Ya ves, las luces el cristal traspasan
llegando hasta besarnos nuestras frentes;
pero en cambio esos vientos impotentes
se estrellan y no pasan.

Y mientras duren los cristales sanos
limpios de mancha y de mundano lodo,
traspasará la luz de cualquier modo,
y hará del viento los esfuerzos vanos.



¡Adios...!

A mi amigo Julio Ruiz en su muerte.

Es preciso dejarte en la morada
que la vida á la muerte ha preparado,
en lecho funeral, donde ignorado,
quedarás en los brazos de la nada.

Húmeda está la tierra, preparada
junto al hoyo terrible, sobre un lado;
al otro, tres amigos, que han rezado
una oración sentida y angustiada.

Sobre tí aquella tierra removida
echó el sepulturero en un segundo,
siendo después pisada y oprimida.

Y al perderse tu cuerpo en lo profundo,
á este lado quedamos de la vida
juntos á tí, pero por medio un mundo.



Libertad

A Pedro Tomás.

I

Limpio como un cielo,
grande como un mar,
semejando el agua
diáfano cristal,
un lago intranquilo
pierde su compás,
y entre el engreñado
cerco del juncal,
ya sus olas vienen,
ya sus olas van;
y cuando la orilla
que prisión les dá,
miseras esclavas,
llegan á besar,
después de un gemido
vuelven hácia atrás;
pero siempre iguales,
siempre el mismo afán,
con el mismo empeño
por su libertad,



si unas olas vienen
otras olas van.

II

Por entretejidas
cañas de un parral,
pámpano que nace
preso en ellas va.

Antes de que nazca
ya prisión le dán
y en su cárcel tiene
pila bautismal,
tálamo con frutos,
tumba y soledad.

¡Ay! pero aquel verde
pámpano triunfal
que abandona el lecho
y empieza á trepar,
cuando ya la tapia
gana y deja atrás,
crece más lozano,
crece más vital,
porque aspira el aire
de la libertad.

III

En estrecha jáula
salta sin cesar
un triste jilguero
que oprimido está;
con su débil pico
fuerza aquel metal
y en limarlo pone
empeñado afán.



Canta, pero canta
con aquel trinar
que parece estrofa
semifuneral.

Sobre aquellas plumas
que perdió al luchar,
gime el pobrecito
por tu libertad.

IV

Por lo mismo el fuego
sale del volcán:
preso en las entrañas
del planeta está
hasta que á su esfuerzo
cruge el terrenal
cascarón de rocas
que prisión le dá,
y como torrente
de un centro infernal,
lava, piedra y fuego
buscan libertad.

V

Todo es lucha, todo,
y es noble luchar;
es la ley eterna
de la humanidad.

En su lucha el alma
no cede jamás,
y luchando siempre
por la libertad,
rompe sus prisiones



de manera igual
que olas y jilguero,
pámpano y volcán.



Atracción

Al niño Pepito Salvat

Vives muy lejos de mi edad, tan lejos,
que cuando tú comienzas tu partida
llevo yo mucha senda recorrida
y no alcanzan á ti ni mis consejos.

Tú eres astro que asoma sus reflejos
por el dorado Oriente de la vida;
yo crucé el cénit ya, donde intimida
la atracción invencible de los viejos.

Es ley universal: cuando cruzamos
nosotros la existencia, igual llevamos
que los planetas la atracción latente.

Y á medida que avanzo y que declino,
el cénit hallarás en tu camino
cuando halle yo la tumba en Occidente.

La Cruz Verde

Sobre la Cruz de piedra
que se alza en el camino de la ermita,
el pujante retoño de una hiedra
en espiral lozana, resucita.

Y en amoroso abrazo
sube de enredadera otro retoño,
oculto de la Cruz en el regazo
desde la nieve del pasado Otoño.

Semillas ignoradas
cuyo sublime origen se adivina:
tal vez de otros lugares transportadas
por alguna viajera golondrina

La Cruz, que está desnuda,
espera con los brazos extendidos
de aquellas plantas la caricia muda,
para hacer del follaje sus prendidos.

.....

Era en un Jueves Santo.
Iba yo hácia la ermita en aquel día



á rezar por el Mártir Sacrosanto
que á través de los cirios se veía,

y hallé la Cruz de piedra
con su túnica verde engalanada;
la tejieron los tallos de la hiedra
con los de enredadera entrelazada.

Entré en aquella ermita,
recorrí uno por uno los altares
y pude ver de cada cruz bendita
encubiertos los brazos seculares.

Salí de allí pensando
en aquella tupida enredadera,
que abrazando á la Cruz, siempre trepando
entreabria su flor de primavera.

Esa flor que es tan breve
como un rayo de dicha en los pesares;
y que presta á la piedra ese relieve
del paño de la cruz en los altares.

La flor que entre la hiedra
deja aquel manto verde matizado,
prestando á la gigante Cruz de piedra
enlutado color, tinte morado.

Y pasarán los días;
de aquella ermita las cubiertas cruces,
olvidadas serán por las impías
edades del progreso y de las luces.

Mas no importa; en el cielo,
el sol alumbrará siempre lo mismo,
y elevará con su calor el velo
para cubrir la Cruz del cristianismo.



El Universo adora
á Dios con su tributo más que el hombre;
y en rústicos altares conmemora,
desde el astro á la flor, su excelso nombre.

Un dia en el Calvario,
veló los astros de enlutada boria,
y erigido después en santuario,
cada flor simboliza una memoria.

Y mientras piedra exista
en el fecundo seno de la esfera,
habrá un tosco pilar que se revista,
llegada la pasión, de enredadera.



El mar

Del fondo de las aguas, perezoso,
saca bañada el sol su cabellera;
y el mar parece ante la luz primer
un inmenso topacio luminoso.

De sus cabellos, en raudal copioso,
al proseguir el astro su carrera,
una lluvia descende placentera
que convierte en diamantes al coloso.

Y en hebras de oro atadas á la altura
pende la superficie que fulgura
luces en mil destellos fulminantes.

Pero al tender la noche el negro velo,
convertido en sudario, cubre el cielo
un volcán apagado de diamantes.



Sensitivas

Sensitiva pudorosa,
casto emblema entre las flores
del amor de mis amores
que en mis sueños abrigué;

tú retratas en tus hojas
mi pasada desventura,
sensitiva casta y pura
como amor que yo soñé.

Como el sol á tí, me daban
unos ojos luz y vida;
mas cesó la luz querida
al morir aquel fulgor;

una mano en hora aciaga,
de mis dichas envidiosa,
marchitó la venturosa
sensitiva de mi amor.

Tú revives nuevamente
y recobras lozanía
cada vez que asoma el día
en su trono matinal;



sólo dura tu tristeza
una noche, un breve instante;
que tu sombra no es constante
cual la noche de mi mal.

Yo perdí la luz aquella
para siempre; soy cautivo
de las sombras en que vivo
como planta que murió;

y en la noche de mi alma
no habrá sol que ya reviva
la marchita sensitiva
que en mi pecho germinò.

Y por eso te contemplo
solo y triste cuando el día
un rayo de sol te envia
para darte vida y fé;

que á tu lado, me recuerdas
cuando mustias tus verdores,
el amor de mis amores
que en mis sueños abrigué.



La paloma blanca

I

¿Donde vas perdida,
palomita blanca?
¿Por qué te has salido
de aquella bandada?
¿Qué ilusiones buscas,
qué placer, qué ansias?
¡Ay, si yo tuviera para volar mucho
tus ligeras alas...!
Vuela, vuela presto,
todo el mundo es patria;
tú verás más cerca
la mansión del alma...
Quémate en el oro
que te brinda el alba
con su luz primera...
vuela y no te canses, palomita blanca.

.....

Ya vuelves, paloma;
por tus plumas lácias



sé que vienes triste.
Dí ¿porqué te paras
ya sobre el alero
que hay en mi ventana?

Algo te ha pasado, porque tú no vuelas
ya como volabas.

Vuelve, palomita,
vuelve á tu bandada,
vuelve y en tu nido
quédate y no salgas:
paga tu locura
con tu pena amarga...
Te faltó paciencia

y te fuiste en busca de tus esperanzas,
y ahora vienes triste...
tú quisiste hallarlas...

Yo también creía
que alcanzar las ansias
era ir á la gloria...
¡Mientras tú volabas
he aprendido mucho!

Tú fuiste corriendo tras tus esperanzas,
y ese es tu pecado;
ir hasta tocarlas...

¡Vuélvete á tu nido
y otra vez espera, palomita blanca!

Al siglo muerto

I

De sus primeros años,
la tradición conserva
recuerdos que no borran
los siglos que se alejan.
Temblaron las naciones,
tembló la Europa entera
para rendirse esclava
besando las cadenas.

Entonces surgió un pueblo que sacudió su yugo
luchando como luchan el débil y el atleta...
Aquel pueblo es mi patria, que en los primeros días
del siglo que ya ha muerto, marcó la hermosa senda
á todas las naciones que la opresión sintieron
de aquella fuerza insólita que amenazó á la tierra...

Así empezó aquel siglo;
así escribió con letras
de sangre, su victoria mi patria desdichada
cuando miró en peligro su santa independencia.
Así empezó aquel siglo;
mi pueblo abrió sus puertas
cantando el himno hermoso de libertad sagrada,

que se grabó en la historia como épico poema,
y á su compás sonoro, cayeron en fragmentos
pedazos de cadenas...
¡Bien haya! ¡Loor y gloria
al siglo que así empieza...!

II

En sus postreros años, también tembló la Europa;
pero tembló de miedo, de miedo y de vergüenza,
como el cobarde teme,
como el cobarde tiembla...

También un pueblo débil luchó como mi patria
contra un imperio grande, hasta agotar sus fuerzas,
y no tuvo á su lado nación que á la justicia
sus armas ofreciera.
Así acabaste, siglo.

No escribas en tus páginas las últimas endechas;
cuando á la tumba llegues, entierra este secreto
y que los otros siglos que vienen, no lo sepan;
que no sepan que Europa, ante un anciano débil,
con el rubor al rostro y el miedo en la conciencia,
se confesó culpable
bajando la cabeza...
que se cruzó de brazos
con torpe indiferencia,
y consintió que un pueblo pisara la justicia,
y vió morir al débil luchando sin defensa...

Mal acabaste, siglo.

¡Qué herencia la que dejas...!

La libertad hermosa que nos mostró tu aurora,
cayó bajo las garras de la nación soberbia.

¡Mal haya el siglo muerto
que tanta infamia deja...!

¡Mal hayan las semillas
que nos legó de herencia...!

2 PESETAS